

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: *El movimiento del 5 de Septiembre* □

ENRIQUE MOLINA: *La Filosofía de Guyau* □

EDOUARD DUJARDIN: *La viviente continuidad del simbolismo* □ **ALEJANDRO VICUÑA PÉREZ:** *El pro-*

blema sexual □ **LOGAN PEARSALL SMITH:** *Poemas en prosa* □

A. TORRES RIOSECO: *Motivos* □ **ROBERTO MEZA**

FUENTES: *Baladas* □ **MARÍA MONVEL:** *Bilitis* □

Hombres, Ideas y Libros: **WALDO FRANK:**

Mensaje a los escritores mexicanos □ **E. M.:** *Eugenio Orrego Vicuña.—El espíritu constitucional de la Administración O'Higgins* □

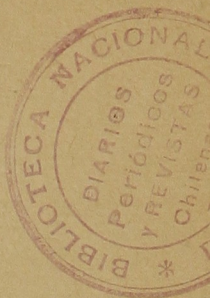
LUIS D. CRUZ OCAMPO: *Francisco Donoso.—Myrrha* □

E. M.: *Pedro Prado.—Un Juez Rural* □ **A. V. C.:** *Augusto Orrego Luco.—Notas de viaje* □ **LUIS D. CRUZ OCAM-**

PO: *Carlos Préndez Saldías.—Amaneció nevando.* □ □

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ ~ Octubre, 1924



Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).

EDITOR Y AGENTE GENERAL: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO I

OCTUBRE DE 1924

NÚM. 7

El movimiento del 5 de Septiembre

El combate es hermoso;
la esperanza es grande.
Platón.



L 5 de Septiembre fué sorprendido el país con la noticia de haber estallado en la capital un movimiento militar encaminado a modificar profundamente la vida política de la nación.

Encabezada por una Junta Militar, en representación del Ejército y de la Marina unidos, se inició ese día una gran revolución pacífica que, — aunque no ha carecido de episodios trágicos como es imposible que deje de ocurrir en acontecimientos semejantes, — ha seguido hasta ahora su desarrollo dentro de líneas admirables sin violencias, sin derramamiento de sangre, mérito que corresponde repartir en verdad por iguales partes entre la prudencia de los militares y la cordura de los civiles.

Los detalles de este movimiento de regeneración nacional son de todos conocidos. No entraremos nosotros a ocuparnos de ellos ni en nuestras reflexiones gastaremos el tono de los profesionales de la política o de la prensa, por lo común intemperantes, y para quienes en este caso todos los caídos son réprobos.

Nuestro punto de vista es más elevado.

Las revoluciones traen consigo ordinariamente una situación en que se distiende a su máximo el divorcio que suele haber entre la inteligencia y la acción. Son momentos en que para muchos sólo se deben formar juicios provisorios, y

al mismo tiempo las necesidades de la acción reclaman como nunca que esos juicios sean tenidos por definitivos.

El caso por que atraviesa el pueblo chileno constituye una excepción a esa regla general.

Salvo la rehabilitación de algunos valores individuales desgraciadamente arrastrados en la vorágine, los juicios favorables con que se ha apreciado el movimiento de parte de la preponderante fuerza de opinión que lo apoya merecerán seguramente el carácter de definitivos.

Atravesamos momentos excepcionales de nuestra historia. ¡Cómo se ha debatido hasta ahora desorientada nuestra pobre democracia! ¡Cómo ha buscado a tientas lenitivos para sus dolores, una estrella para su avance, un cauce para sus aspiraciones e ideales! Los últimos cuatro años han tenido la característica de haber sido de intensa agitación democrática.

Todos sabemos que don Arturo Alessandri pareció ser el mesías que esperaban las reivindicaciones populares. Despertando estos anhelos, caldeándolos con su elocuencia y en toda clase de manifestaciones llegó él al poder. Tuvo a veces el señor Alessandri intuiciones extraordinarias para penetrar en el corazón del pueblo.

Pero ay! los mesías no traen nunca el reino de Dios. Sólo lo prometen para más tarde. Algo semejante ha ocurrido entre nosotros. No es este el momento de hacer el balance de toda la administración del señor Alessandri; pero veíamos en sus últimos tiempos el fracaso irremisible de nuestra democracia en la forma en que iba.

Había recibido primeramente una herencia viciada. Por una parte la de nuestro desastroso régimen parlamentario que desde 1891 se había venido empeorando de administración en administración y, por otra, la de nuestro desquiciamiento financiero que parecía llevarnos a una ruina inevitable sin que se columbrara de donde pudiera surgir el remedio.

Agregaremos a esto la innegable violación del derecho electoral en las últimas elecciones y, para colmo, que, en medio de la mayor miseria pública y de la anarquía de los partidos, los parlamentarios sólo manifestaban cohesión para acordarse cuanto antes una opulenta dieta.

Creemos que como condición propia de todo régimen democrático las funciones legislativas deben ser remuneradas. Pero el afán que gastaban nuestros legisladores era en primer lugar inconstitucional, y, además, en las circunstancias actuales, escandaloso.

La situación se tornaba intolerable. Por esto fué recibida con general aplauso la actitud de la Junta Militar que empezó por frustrar el plan de los parlamentarios.

Cuando sobrevino la dimisión del Presidente y la disolución del Congreso, por más malo que fuera, corrió en gran parte de la sociedad, sobre todo, en la alejada de las luchas políticas, un escalofrío de angustia al constituirse el nuevo gobierno militar. Se vió levantarse en el horizonte el fantasma de la dictadura y se divisaron días de zozobra para la patria.

Mas esos temores se han desvanecido y una justa confianza ha vuelto la tranquilidad a los ánimos.

Los militares con sus palabras y con sus hechos han dado prueba de la sana inspiración patriótica que los impulsa. Es digna de recordación la frase en que en uno de sus manifiestos dice el Comité que el movimiento militar no ha sido de reacción sino de creación. Estas palabras, fuera de revelar un elevado propósito, acusan un conocimiento bastante exacto de las exigencias de la cultura contemporánea.

La Exma. Junta de Gobierno ha ofrecido también a la nación una garantía indiscutible de la pureza de sus intenciones al llamar a colaborar en las tareas de la administración pública un ministerio formado casi en su totalidad de eminentes personalidades civiles, cuyos nombres, antecedentes y prestigio nos ofrecen la seguridad de que serán ampliamente respetados los derechos y libertades de los ciudadanos. Así lo han expresado para mayor abundamiento el Ministro del Interior señor Alcibiades Roldán en un notable documento en que dice que el nuevo régimen es de reconstrucción, sin vinculaciones con ninguno de los partidos tradicionales, y sin que tenga nada de antidemocrático.

No debemos temer, pues, que sufran menoscabo los valores supremos de la cultura, los que hacen la vida digna de ser vivida, los que, por defenderlos, conducen si es preciso a la muerte: la justicia, la verdad, la libertad, sobre todo en sus formas más altas de libertad de pensamiento y de expresión. No tenemos que sufrir censura ni violación de correspondencia ni otros atentados semejantes.

Pasamos por una de las épocas más solemnes y transcendentales de nuestra historia, como talvez no ha habido otra desde los días épicos de la independencia.

El nuevo gobierno se ha fijado como programa la reorganización de nuestras instituciones y la restauración del orden en las finanzas nacionales. Como algo implícito en este último punto debemos poner la satisfacción de la necesidad imperiosa de dar pronto a la moneda chilena un valor decente y estable.

Ha sido el hado cruel de los pueblos de estirpe latina que tengan que llevar a cabo su desarrollo político, no por medio de evoluciones tranquilas, sino sufriendo las convulsiones de revoluciones violentas. Esto que es cierto refiriéndonos a los estados meridionales europeos lo es mucho más respecto de los pueblos hispano-americanos.

Si nosotros logramos llevar a término la obra de renovación que reclama nuestra democracia, dentro de las líneas en que hasta estos momentos va describiendo su evolución creadora el movimiento actual, conquistaremos los chilenos la gloria de haber realizado una revolución pacífica fundamental, que será un ejemplo único en la historia de la América Española y probablemente en la del mundo entero.

A los miembros de la Exma. Junta de Gobierno señores Altamirano, Bennett y Neff y a los del ministerio que la asesora, señores Roldán, Aldunate Solar, Amunátegui, Muñoz Rodríguez, Dávila y Gómez Carreño, les espera en esta forma las bendiciones de la posteridad.

Concepción, 15 de Septiembre de 1924.

La Filosofía de Guyau

SUS ESTUDIOS SOBRE EPICURO, EPICTETO
Y LA MORAL INGLESA CONTEMPORÁNEA



ANTES de entrar Guyau a exponer sus propias doctrinas éticas se detuvo en el estudio crítico de las ideas utilitarias desde Epicuro hasta nuestros días. Dedicó asimismo su atención al examen de las enseñanzas de Epicteto.

I

Con marcada delectación recorre y examina Guyau la obra de Epicuro (1) y resulta también un deleite para el lector conocer al maestro del placer a través de semejante guía.

¡Cómo se ha adulterado en el lenguaje corriente el sentido de los términos «epicureísmo», «epicúreo», «busca del placer»! ¡Cómo se ha desfigurado por ciertas escuelas la personalidad de Epicuro! Este supuesto monstruo que hiciera consistir el bien en el placer era en realidad un santo. Por su sobriedad, austeridad y renuncia de lo superfluo podía competir con el más adusto de los estoicos. Para su felicidad le bastaba, como él decía, pan y agua.

Pero su palabra no resonó en vano en la fronda de su jardín. Epicuro gozó de una popularidad enorme. A la escuela que abriera en Atenas a fines del siglo IV A. J. C. acudieron discípulos de todos los ámbitos del mundo greco-romano. Hasta de Egipto iba gente a escucharlo y, según Cicerón, el mismo mundo bárbaro no se sustrajo a su influencia. En Roma sus ideas socavaron definitivamente los cimientos de la vieja religión de Lacio. Séneca le critica, pero al mismo tiempo se nutre de él, lo cita y lo admira. Marco Aurelio, sin abandonar su noble credo estoico, vuelve los ojos a Epicuro, se exhorta a imitarlo y funda en Atenas una cátedra de epicureísmo.

(1) La Morale d'Epicure.

Al frente del cristianismo triunfante adolecían las ideas de Epicuro de una vacuidad irremediable, de algo incompleto para las masas y las almas sedientas de más allá. El cristianismo abría ante las tribulaciones de la vida las perspectivas de una gloria eterna. El epicureísmo afirmaba con serenidad heroica la extinción total de la existencia humana. De aquí la decadencia de la filosofía de Epicuro hasta principios de los tiempos modernos. Cuando después del Renacimiento empezó a abrirse brecha en el dogma cristiano, el epicureísmo cobró nueva vida. Con Hobbes y Gassendi volvió a la palestra en el siglo XVII para llegar sobre todo en Inglaterra y Francia floreciente de vigor hasta nuestros días.

Veamos las ideas esenciales de Epicuro.

* * *

Siguiendo un camino inverso al de Platón, que buscaba la verdad antes de inferir cual sería el bien, Epicuro trata de establecer en qué consiste el bien antes de dirigir su atención a la busca de la verdad en sí. Para nuestro filósofo el soberano bien reside en el placer. Ya veremos a qué queda reducido en definitiva este placer.

Todos los seres animales persiguen el placer y la misma razón humana se encuentra en la imposibilidad de concebir un bien abstracto, despojado de todo elemento sensible. Hablando en términos parecidos a los de los estoicos, dice Epicuro que la inteligencia del hombre debe plegarse a la naturaleza y no tratar de doblegarla. Siguiéndola ha de buscar el placer.

La virtud, la ciencia y la sabiduría no constituyen para los epicúreos de ninguna manera fin en sí; no son más que medios. Se ve que el epicureísmo es anti-intelectualista. El pragmatismo norte-americano nos resultaría así un eco del verbo epicúreo en que en lugar del placer se señalaría la acción como el fin propio del hombre. Eco en apariencia más viril que aquella voz de la antigüedad, pero no en realidad porque Epicuro fué, por la fuerza de las cosas, más austero que cualquier filósofo de nuestros días.

Aristipo había señalado igualmente como objetivo de la vida el placer; pero no había sabido pasar más allá del placer momentáneo. En el goce del instante fugitivo encerraba toda su filosofía.

Epicuro sobrepasa con mucho a Aristipo. Señala aquél en verdad como placeres fundamentales los de los sentidos: del gusto, de la vista, del oído y de Venus. Ahondando más llega a dar entre esos el primer lugar a los que se encuentran en la raíz de la vida a los placeres del vientre. Pero luego entra en una fina distinción cuyas consecuencias van muy lejos. Observa que hay muchos placeres que luego se cambian en dolor y que no es raro tampoco que haya dolores que traigan en sus adustos pliegues el placer. De aquí la necesidad de que el espíritu se adelante al momento transitorio y mire al porvenir. Queda con esto introducida la idea del tiempo y la doctrina del mero placer convertida en la de la utilidad. El sabio debe buscar no el goce fugaz sino la felicidad durable.

Sabio no quiere decir en este caso ni erudito ni docto. Sabio es el que po-

see el arte de vivir, don cuyos beneficios el filósofo debe aspirar a poner al alcance de todos. Para conseguirlo hay que despojar a ese engañoso concepto de felicidad de cuanto tiene de superfluo, de todo elemento difícil de procurarse, como las riquezas, el lujo, los honores, el poder. Por este camino se van apartando más y más los ingredientes materiales de la concepción del placer, se va dejando más espacio a la libertad en la conquista de la felicidad, y, de esta suerte se va a ensanchar también el lugar que le corresponde a la moralidad.

Distingue Epicuro en los deseos tres categorías: los naturales y necesarios, los naturales y no necesarios y los que no son ni naturales ni necesarios y brotan como engendros de una vana opinión. Pertenecen a la primera clase los que tienden a aplacar un dolor como el deseo de la bebida para la sed; a la segunda los que buscan solamente la variación de la voluptuosidad, pero no aplacan un dolor, como el de los guisos delicados; y a la tercera los que van tras la satisfacción de una pura vanidad como es la de suspirar por joyas, estatuas y coronas.

No se debe aspirar más que a la satisfacción de los deseos naturales y necesarios. Por esta senda se alcanza la única felicidad verdadera que viene de la paz interior, de la serenidad del alma. Así se obtiene el estado que se llama *ataraxia*, en que el espíritu vive bajo el imperio de su propia libertad.

Se ve cómo el epicureísmo, poniendo por encima de todo el goce espiritual que resulta de la tranquila soberanía del alma sobre sí misma, se convierte en estoicismo.

Una vez vencidos y sojuzgados los bajos instintos y apetitos materiales, ¿qué obstáculo se opone a la felicidad espiritual? Para Epicuro éste no es otro que el que proviene de los temores supersticiosos, de la religión, que mantienen el ánimo encogido y pendiente de la voluntad y de los caprichos divinos. Por esta razón nuestro filósofo atacó implacablemente las supersticiones y las religiones de su tiempo, y fué a buscar en la ciencia los conceptos básicos para asegurar la *ataraxia*, la independencia del alma.

Epicuro no admite, sin embargo, un determinismo absoluto, un destino, «hijo del caos y de la noche».

«Sería mejor, dice, prestar fe a las fábulas relativas a los dioses que hallarse sometido a la fatalidad de los físicos. La fábula, en efecto, nos deja la esperanza de doblegar a los dioses por medio del culto y de los tributos, pero a la necesidad no se puede doblegar».

Epicuro busca una manera de interpretar la naturaleza en que no intervengan los dioses ni sea el mundo un simple juguete de la necesidad. Observa que en nosotros mismos distinguimos dos clases de movimientos, el constreñido y el espontáneo. No todos nuestros actos provienen de que *seamos movidos*, de que obedezcamos a un funcionamiento automático; sabemos además por experiencia lo que es *moverse*, lo que es la propia espontaneidad interior.

Este poder que notamos en nosotros debe existir ya en el germen de las cosas, en los átomos. No es posible representárselos como inertes y muertos, sino como llevando en sí la potencia de moverse. «En los gérmenes de las cosas, fuera del movimiento producido por el choque y la pesantez, hay otro más, del cual

nos ha llegado a nosotros mismos la potencia que nos es innata; porque sabemos que de nada no puede salir nada». De esta suerte tenemos tres clases de movimientos, que van siendo más y más profundos e íntimos: el choque, a la vez exterior y fatal; la pesantez, que ya es interior, pero parece aún fatal; y la voluntad, que marca la armonía en que culminan lo interior y lo libre.

Ya no es preciso para darse cuenta del universo recurrir a un *deus ex machina*, a una causa superior y sobrenatural, que sería para el hombre una potencia tiránica. El espacio y los átomos son infinitos y el tiempo se abre como algo eterno delante de ellos. ¿Qué puede haber de imposible, dice Epicuro, contando con estas tres infinitudes y como podría no bastar la fuerza espontánea de los átomos para organizar el mundo finito que se ofrece a nuestros sentidos? La infinidad misma de las combinaciones posibles de los átomos en el espacio y el tiempo infinitos hace inútil la hipótesis de una inteligencia divina, y de un plan preconcebido. El mundo puede prescindir de los dioses. Tanto la creación como el milagro son imposibles.

Epicuro afronta sin vacilar las consecuencias de sus doctrinas. Su entereza es admirable. Ya hemos visto como rechaza toda prescindencia. Insistiendo en esto dice: «El porvenir se halla abierto a la potencia espontánea, a la vida, a la voluntad. El porvenir es lo que saldrá de la indeterminación, persistente en germen aún en la determinación actual».

La libertad, forma superior de la espontaneidad del átomo, ha de tener para el hombre un valor intrínseco supremo. La voluntad debe encontrar en la independencia el primero de los placeres y el sentimiento de la dignidad y de la personalidad. El sabio (*sage*) no debe contar más que consigo mismo y con lo que dependa de él. Se alzará como un luchador contra la casualidad y la fatalidad, noble lid en que, estando seguro de su libertad, puede estarlo del triunfo final. El porvenir no le inquieta. ¿Qué le importa lo que pueda suceder? Si es un mal lo evitará *declinando*, apartando libremente de él su pensamiento y su voluntad, yéndose él mismo del mundo, si fuera preciso, por medio de la muerte voluntaria.

La fortuna, la casualidad poseen tan poco imperio sobre el sabio que para él vale más ser infortunado teniendo de su parte la razón que afortunado sin ella.

¿Van a echarse sobre el sabio el sufrimiento, la enfermedad, el tormento; se le va a torturar, se le va a arrojar en el toro ardiente de Falaris? No importa. El puede permanecer siempre libre, sin inquietudes. llamando aún a la fortuna misma para que en forma de recuerdo de los bienes que recibiera antes llene su alma de serenidad.

Una vez más el epicureísmo se confunde por su grandeza moral con el estoicismo.

Mas para que el hombre sea enteramente libre es menester extinguir todavía en su pecho el temor de la muerte. He aquí otro de los objetivos esenciales de la doctrina de Epicuro. «No hay nada de temible en la vida, dice el maestro, para el que sabe que nada hay de temible en la privación de la vida».

La enseñanza de Epicuro constituye talvez el esfuerzo más notable que se haya hecho para librar al hombre del pavor de ultratumba, esfuerzo de temple heroico porque no lleva ningún halago de dicha futura. Cuando tres siglos más tarde el cristianismo triunfante afirmó con tanta fuerza la resurrección y supervivencia del alma, las ideas epicúreas sufrieron un eclipse. Mas en nuestros días en que, con el andar del tiempo, el cristianismo ha ido perdiendo gradualmente su poder sobre las inteligencias han renacido aquellas ideas armadas de nuevo vigor. Son pocos los que, a propósito de vida futura, se satisfacen con las afirmaciones gratuitas de cualquiera religión y el ansia de inmortalidad abate sus alas ante lo inevitable y tiende a transformarse...

¿Por qué tememos a la muerte y tratamos de evitarla?

Según Epicuro, tal temor es ingenuo. La creencia vulgar nos hace pensar que queda algo de nosotros en la muerte y es la suerte de este resto la que nos inquieta y suscita fantasmas en nuestra imaginación. Si nos persuadimos de que la muerte no tiene nada de real, de que sólo es para nosotros la disolución de toda vida, el aniquilamiento completo, ¿qué razón tendríamos para temerla? Cuando somos, la muerte no existe y cuando la muerte llega, nosotros ya no existimos. Ella no significa nada entonces ni para los vivos ni para los muertos, porque para los que son ella no es, y ella es para los que no son.

No se puede dejar de admirar el ingenio dialéctico, tan propio de los griegos, de este razonamiento. Sin embargo, bajo su perfección formal se advierten resquicios sofísticos. Se ha olvidado en él que frecuentemente no es tanto el temor al más allá lo que hace aborrecible la muerte como el pesar de dejar esta vida.

Claro que esto no quiere decir que los epicúreos no estimaran la vida. Tal afirmación sería contraria a su dogma fundamental. Epicuro protestaba de que se deseara y buscara la muerte. Pero por encima de todo se pone la *ataraxia*, la serenidad suprema y el maestro dió muestras de hallarse en plena posesión de ella al fin de sus días. Víctima de una dolorosa enfermedad (1) afrontó el sufrimiento con un valor que los estoicos mismos se exhortaban a imitar. Marco Aurelio recuerda en sus Pensamientos como Epicuro ha referido que jamás se quejaba ante nadie de los dolores de su cuerpo, que siempre discurría con los demás sobre su objeto habitual, la naturaleza de las cosas, y como, a pesar de sus males físicos, continuaba su vida siendo feliz y tranquila.

Guyau no se resigna a que la vida humana termine inexorablemente con la muerte y entona un himno de esperanza en el más allá algo semejante al que entonará más tarde, según veremos oportunamente, Bergson en *La Evolución creadora*. Himnos tan entusiastas como imprecisos e indeterminados. Y no podrían ser de otra manera.

En resumen, dice Guyau, hay dos clases de temor a la muerte que Epicuro no ha distinguido: un temor pueril y cobarde en que a la imaginación corresponde el principal papel y otro intelectual y viril que se asienta sobre todo en la ra-

(1) Piedras al hígado.

zón, y es, más que temor, horror desinteresado a la muerte. Epicuro ha sabido señalar la vaciedad del primero; nó la del segundo. Es evidente que el temor de ser castigado por una potencia exterior es pueril. Los infiernos son una concepción derivada de esta vida. Pedir una mercenaria recompensa de ultratumba es poco digna. Mas, por otra parte, se puede aspirar a no merecer, se puede desear, sin contar absolutamente con ella, una existencia que signifique un progreso respecto de la terrestre; se puede pensar que la muerte sea un paso hacia adelante, no una brusca detención en el desarrollo del ser; se puede en fin esperar no perder, como en un naufragio, todas las riquezas interiores que uno ha amasado, sino que atravesar la sombría portada llevando consigo gloriosamente el mundo de pensamientos y de querer generoso que uno ha sabido fomentar en sí mismo».

Confieso que a este clamor algo dolorido al frente de la *intrusa* prefiero la serenidad estoica de Epicuro; pero entiendo, sí, que ella no significa la detención en el desarrollo del ser. Se extingue nuestra personalidad individual; más persiste la obra de proporciones indefinidas e imprevisibles en que colaboramos. obra que tiene desde ya los caracteres de una gran creación espiritual.

* * *

Las virtudes superiores para los epicúreos son el valor y la temperancia. Temperancia ante las tentaciones, valor ante las dificultades: otros secretos de única dicha que es dado alcanzar a los mortales. Se observa una vez más que Epicuro no era un burdo buscador del placer sensual.

En el afecto amoroso distinguen los epicúreos dos cosas: la pasión propiamente dicha y la necesidad física. Esta que es natural, debe ser satisfecha; aquella evitada. El sabio ha de huir del amor como de un mal irreparable. La canción del amor, tan cantada por los poetas, nada tiene de natural ni de racional. No pasa de ser una ilusión psicológica; es, al decir de Lucrecio, una tendencia a dotar al objeto amado de toda perfección, a divinizarlo; lo que viene a parar en una tendencia absurda.

El matrimonio no queda libre de estas admoniciones negativas. Trae consigo forzosamente mil cuidados y es mejor para el sabio no casarse ni tener hijos. Por donde se ve que en este punto los epicúreos fueron precursores de los primeros cristianos. Con el cristianismo la prevención contra el matrimonio aumentó en vez de disminuir. Las almas buscaban la soledad. Se creía que aislándose se estaba más cerca de Dios. El éxtasis reemplazó al amor.

La amistad, en cambio ocupa un lugar de honor en el sistema epicúreo. Partiendo de un interés egoísta llega Epicuro, como le ha de ocurrir a Bentham siglos más tarde, a reconocer la necesidad de la simpatía y de los afectos puros. La amistad es, como la virtud, un medio tan eficaz de felicidad, que se confunde enteramente con la felicidad misma. Amistad, virtud, felicidad no serían más que tres aspectos diversos de una sola cosa. El sabio ha de rendir, si es

preciso, la vida por su amigo. Epicuro era para con los hombres, según Diógenes Laercio, de una benevolencia sin igual.

* * *

Para los epicúreos no existe un derecho natural. El derecho es una creación humana derivada de las necesidades sociales, un pacto de utilidad tendiente a que no nos lesionemos recíprocamente. La justicia no significa algo que tenga valor en sí; ella sólo existe donde hay contratos mutuos. De este modo, sin sociedad no hay derecho, y este viene a cimentarse en el interés general. Análogas ideas sostendrán los utilitarios, evolucionistas y positivistas contemporáneos.

Igualmente anticipándose dos mil años al espíritu de los siglos XVIII y XIX en la proclamación de uno de sus dogmas más queridos, el epicureísmo fué la primera doctrina de la antigüedad que sostuvo la idea del progreso; pero no fué Epicuro mismo sino su discípulo Lucrecio quien hizo del progreso una acabada descripción.

* * *

Las ideas de Epicuro sobre los dioses son muy originales.

En primer lugar rechaza la idea de un dios creador. Apoyándose en la existencia del mal hace Epicuro la siguiente formidable argumentación, citada por Lactancio: «O Dios quiere suprimir el mal y no lo puede; o lo puede y no lo quiere; o ni lo quiere ni lo puede; o lo quiere y lo puede. Si lo quiere y no puede es impotente, lo que no le sienta bien a un Dios; si lo puede y no lo quiere, es envidioso, lo que sería aún más impropio en un Dios; si ni lo quiere ni lo puede, es a la vez envidioso e impotente, y, por consiguiente, no es Dios; si lo quiere y lo puede, que sería lo único digno de un verdadero Dios, ¿de dónde viene el mal entonces? ¿O por qué Dios no lo suprime?»

Después de este razonamiento cuadrilateral, fuerte y vigoroso como un haz de rayos, Epicuro desarrolla una concepción algo pueril de los dioses.

De lo dicho anteriormente no fluye para Epicuro que sea preciso caer en el ateísmo. Lo que sí niega es la existencia de un Dios único, creador y ordenador del mundo.

Como los hombres creen en los dioses, estos deben existir. Homenaje rendido a la creencia general. Los dioses son inmortales y bellos y disfrutan de la suprema felicidad. De aquí, entre otras cosas, porque no sea dado atribuirles la creación ¿Qué cosa más contraria a la dicha que haber creado un mundo lleno de imperfecciones y vivir bajo el peso de la preocupación incesante de tener que arreglarlo, repararlo? Ah no! los dioses no existen para esta labor de mayordomos. Sólo la ignorancia humana ha podido imaginar un acto de creación del universo. Los dioses son seres semejantes a nosotros, pero de belleza perfecta, y constituídos de una materia más sutil que la nuestra, porque

fuera de los átomos no hay nada. Viven en los espacios interplanetarios y, como los seres terrestres, tienen sexo y se alimentan, pero sin que les cueste el sustento el sudor de su frente.

Para con estos dioses los epicúreos eran piadosos, desinteresadamente piadosos. De tales divinidades no esperaban nada. Ellos sabían que los dolores y anhelos de los hombres no les inquietaban. Iban a los templos a adorarlos porque representaban un tipo perfecto de serenidad dichosa. Eran la realización del ideal que ellos soñaban para el hombre.

• • •

Epicuro desempeñó en su tiempo un rol semejante al que ha tenido Augusto Comte en el nuestro; pero talvez con más influencia que la del apóstol del positivismo. Sus doctrinas han ejercido una acción incontestable sobre el desarrollo del pensamiento humano. En las ciencias naturales, en sociología y aún en moral, Epicuro abrió las sendas del espíritu moderno. Casi todos los filósofos del siglo XVIII, y en especial los enciclopedistas, fueron epicúreos. La escuela inglesa ha levantado al frente del estoicismo restaurado por Kant un epicureísmo renovado por medio de los datos de la ciencia moderna. En las teorías de pensadores modernos como Strauss, Feuerbach y Schopenhauer se oyen resonancias del doctrinal epicúreo.

Quiso el maestro griego apartar la inteligencia de las nieblas metafísicas que se habían venido acumulando con las especulaciones *a priori* de casi todos los filósofos anteriores, y aún con las de Sócrates y Aristóteles.

Esta tarea de concentración del espíritu se halla expuesta a limitaciones y errores. En ellos cayó Epicuro, como debía ocurrirle también a Augusto Comte. Epicuro declaraba de antemano, por ejemplo, que no podrían jamás explicarse los fenómenos celestes y rechazaba, por inútiles e incompetentes, ciencias como las matemáticas superiores.

Pero sustituyendo un método experimental, aun grosero, a las tendencias metafísicas que dominaban desde Sócrates, substituyó en las ciencias la estéril e infundada idea de causa final por las ideas de tiempo y de sucesión. El nuevo surco abierto fué fecundo. ¡Cuántas ideas añejas y prejuicios ha barrido el epicureísmo de los dominios de la moral! Asimismo en la esfera de las religiones los epicúreos han contribuido más que en ninguna otra escuela filosófica antigua a emancipar al pensamiento humano de la creencia en lo milagroso y lo providencial. Mucho antes de la aparición del cristianismo habían atacado el credo pagano, haciendo que se fuera desmoronando como una cosa carcomida interiormente.

• • •

Ha estudiado también Guyau la moral del estoico Epicteto y es curioso que no haya visto las innegables analogías que hacen del epicureísmo sólo un estoicismo que oculta su austeridad bajo un gesto de aparente alegría. El placer de

los epicúreos es un magro placer que se satisface con lo natural y necesario con «agua y pan de cebada». El epicúreo renuncia a la riqueza, a los honores, a la gloria y al amor y busca la dicha suprema de la vida en la *ataraxia*, en la soberanía de la libertad interior. Su placer queda reducido a la abstinencia. ¿Qué diferencia hay entonces con el estoicismo?. En lo esencial no son ambas escuelas más que modos distintos de exponer doctrinas semejantes en la práctica.

Es por esto raro que Guyau, que apenas critica a Epicuro, no escatime sus censuras a Epicteto.

«Los estoicos no han percibido la potencia infinita de la voluntad, dice, que lejos de buscar su apartamiento de las cosas las atrae hacia ella para imprimir en ellas su acción, que, lejos de abstenerse, quiere y obra en todas las direcciones posibles; que no teme los obstáculos porque tienen la conciencia de una fuerza capaz de vencerlos! que, al darse y prodigarse no teme al desengaño porque no hay decepción capaz de abatirla y ningún don de si misma puede agotarla».

«El bien no consiste solamente, como lo cree Epicteto, en lo que depende precisamente de nosotros: consiste en hacer depender de nosotros más y más cosas, en extender sin cesar el dominio de nuestra voluntad. En lugar de ponernos aparte de la naturaleza, es menester someterla. Así los estoicos, no habiendo penetrado la verdadera esencia de la libertad humana, no han comprendido el verdadero papel del hombre en el mundo. Han creído que el hombre debía aceptar el mundo tal como es, inclinarse ante todo lo que sucede, no desear ni querer nada mejor, ¿No debe el hombre, al contrario, aspirar y trabajar por el progreso del mundo? Corresponde al ser superior de la naturaleza, al hombre, que las cosas no giren en un círculo eterno».

«Asimismo, el verdadero papel del hombre en la humanidad ha escapado a los estoicos. De su concepción incompleta de la voluntad humana ha derivado su incompleta concepción del amor a los demás. Aconsejando al hombre que comunique los dones de su ciencia y de su razón, pero que no entregue toda su afección, que se retenga y se limite, le han prescrito en último análisis el egoísmo. (1)

Hay en la actitud de Guyau al frente de los estoicos dos cosas. Por un lado se puede ver en ella la expresión de su noble temperamento siempre abierto a la abnegación. Por otro, es la rebelión del hombre moderno, confiado en sí mismo, movido por ensoñaciones de progreso, que lucha, mientras el antiguo de los siglos de decadencia, herido en la raíz de la esperanza, busca el bienestar en la paz de la abstinencia y se abate ante el destino.

Sin embargo, el estoicismo quedará como uno de los más imponentes y desinteresados esfuerzos para fundar la moral en las solas potencias espirituales del alma humana. Los Pensamientos de Epicteto y Marco Aurelio son monumentos de grandeza y belleza eternos.

(1) Guyau-Manuel d'Epictète.

II

Después de rechazar la moral estoica no se va a sentir satisfecho tampoco nuestro filósofo con las doctrinas inglesas contemporáneas. Aunque en verdad lo que hace Guyau es mostrarse escéptico respecto de toda moral que pretenda encerrar la vida en un marco de normas definitivas y completas.

Según él, la moral inglesa reposa sobre las tres grandes leyes físicas y psicológica de la asociación, de la selección natural y de la evolución, «que todo pensador serio no está obligado hoy día a admitir»; pero lo malo estriba en que haya pretendido formar un todo normativo de integridad acabada. ¿No tiene la moral obligatoria, se pregunta Guyau, como la metafísica, su principio en un incognoscible? ¿Es posible en el estado actual de nuestros conocimientos una moral que pretenda llevar sus reglas a toda la esfera de nuestra conducta, según deducciones rigurosamente científicas, sin mezcla de hipótesis metafísicas? La parte psicológica de la moral, o sea el análisis de los sentimientos y de los instintos puede ser tratada científicamente. Cabe decir lo mismo de la parte histórica y social en cuanto los hechos externos forman los eslabones de encadenamientos de casualidad. Pero la parte normativa no se sujeta a un tratamiento semejante. Una ciencia de la moral absolutamente completa, que abrace todo lo porvenir de la humanidad y de cada individuo, se presenta como mucho más complicada que cualquiera otra ciencia y superior a las fuerzas del espíritu humano. Lo incognoscible presenta siempre un paño de sombras en alguna proyección del porvenir, y lo hipotético es la única luz dudosa con que podemos arriesgarnos a disiparlas.

Digamos desde luego que Guyau va a oponer a la moral evolucionista, como la doctrina más bien armada para triunfar sobre ella, la de la libertad moral o de la autonomía de la voluntad. Reconozcamos también que para el caso la expresión «libertad moral» no es afortunada. Mejor es la «autonomía de la voluntad». Según esta, nosotros no seríamos simples fenómenos intermediarios en un proceso determinista indiferente, sino que la razón y fin de nuestros actos estarán en nuestras propias entrañas espirituales, en nuestra personalidad, en nuestra voluntad de abnegación y amor.

* * *

En la moral inglesa encontramos en primer término el utilitarismo de Bentham, ensanchado y perfeccionado por Stuart Mill. En seguida a mediados del siglo pasado toma la forma del evolucionismo, preconizado por Spence.

El filósofo Reid, anterior a Bentham, habría al parecer abusado del método intuitivo. Nuestra razón, nuestro sentido moral percibiría, conforme a los cánones de este método, por intuiciones inmediatas la calidad buena o mala de las acciones. Según Reid, sería imposible la continuación de una ciencia de la moral capaz de llegar a proporciones lógicamente encadenadas. Cada juicio moral proveniría de una intuición aparte, independiente, aislada. La moral pasa a ser una casuística.

Contra esta desarticulación de la moral quiso reaccionar Bentham, aplicando a los problemas morales el método experimental en lugar del intuitivo. El no acepta la intuición moral y no valoriza la moralidad como categoría aparte e independiente. Los hombres buscan el placer, la felicidad, la satisfacción de sus intereses. El secreto de la sabiduría consiste en orientarlos sobre cuales son los verdaderos placeres y sobre la manera de establecer la armonía entre los encontrados intereses humanos. De aquí que Bentham entrara en un estudio comparativo de los placeres y de las penas, estudio algo mercantil, hecho por medio de la aplicación del cálculo aritmético para justipreciar los goces y los dolores catalogados en tablas adecuadas. Bentham soñaba con una especie de «termómetro moral», gracias a cuyo auxilio la ciencia de las pasiones o patología mental podría medir la suma del placer provocada en cada individuo por cada objeto.

Con Stuart Mill, el método experimental cesa de atenerse a la simple comparación de los hechos, a la pura estimación de los placeres y de las penas. No observa sólo los fenómenos sino que, elevándose de lo particular a lo general, se esfuerza por inducir las leyes que los rigen. Así, los fenómenos morales, como los psicológicos, llegan a quedar englobados dentro de la gran ley de la asociación de las ideas. En vez de limitarse a una serie de inducciones puramente empíricas, Stuart Mill reconoce que la moral, como las demás ciencias, tienden al progresar, a hacerse más y más deductiva. Sólo el principio básico será obtenido por inducción, a saber, el deseo universal de felicidad; pero una vez cimentada esta piedra angular, se irán desentrañando de ella y poniéndolas encima por medio de deducciones sucesivas todas las consecuencias que atesora. La moral concluirá por formar una cadena de demostraciones arrancadas de un solo núcleo experimental; será una ciencia inductiva en su principio y deductiva en sus aplicaciones.

Spencer va más lejos todavía. Quiere que el primer principio de que se deduzca todo el resto posea un carácter de necesidad que se comunique luego a cada una de sus consecuencias, de tal manera que lo arbitrario quede excluido del sistema entero de la moral. Para esto relaciona la ciencia de las costumbres con la ciencia del universo y el deseo de felicidad en el hombre a la ley suprema del mundo: la conservación del ser.

Gayau toma la balanza para sopesar las razones de intuicionistas y de empíricos colocados frente a frente. Para aquellos la moral tiene que descansar sobre el sentimiento del deber, sobre el sentido moral, que sería un dato primitivo e innato. Para los segundos las normas de conducta se derivan de una necesidad, de un principio que en sí no tiene nada de moral, del instinto de conservación, de la busca de la dicha. Y llega nuestro filósofo a la conclusión de que ambos métodos sustentan concepciones metafísicas no susceptibles de prueba rigurosa. Lo difícil, tal vez lo imposible, agrega, es encontrar un punto de apoyo inamovible para cualquier sistema.

Sin embargo, me parece que no corresponde a los dictados de la verdad dejar suspendidos a igual altura en el aire a los dos métodos. En las actuales generaciones humanas cabría hablar de la existencia de una intuición moral. Puede ser la obra de una herencia de necesidad social prolongada a través de millares

de años. Pero esto no querría decir que lo ético sea un valor primitivo. El sentido de lo ético es quizás menos primitivo que el sentido de lo bello. En un principio sólo es concebible el afán de vivir, el instinto de conservación, y ese afán amarrado a la necesidad ineludible de la convivencia social ha tenido que transmutarse en normas que en sus comienzos no han sido puramente éticas, sino religioso-ético-jurídicas; un confuso conglomerado, de donde el tiempo ha sacado la sustancia para ir formando las religiones, las morales, los derechos. Nadie podrá negar que lo ético sea hoy un valor en sí; pero no un valor primitivo sino derivado; es una de las creaciones espirituales del hombre.

* * *

Volvamos a los fines de la moral.

En el llamado de «Buscad el placer» se condensa el fin señalado por los utilitarios; pero como hay placeres de tantas clases, Bentham y Stuart Mill se han afanado por encontrar un criterio que decida cuales deben preferirse.

El primero cree haberle hallado simplemente en la cantidad medida según siete condiciones, a saber: intensidad, duración, certidumbre, proximidad, fecundidad, pureza y extensión. La unidad final propuesta como objeto a la conducta por el moralista será el *máximum* de placer. La moral de Bentham resulta una moral aritmética de una ingenuidad admirable. Por supuesto que Bentham ha estado muy lejos de demostrar que todos esos elementos del placer sean reducibles a cantidades. ¿Cómo comparar entre sí los diferentes placeres? Siquiera los que se deben a un solo sentido son apenas comparables. ¿De qué manera hacer entrar luego en parangón a los goces del gusto con los de la vista y el oído? ¡Y cuanto no se enreda y complica en seguida la comparación si intervienen los del amor y de la inteligencia!

Guyau analiza minuciosa y hábilmente los detalles del método benthamista y pone de manifiesto la absoluta imposibilidad de reducir a cantidades los placeres y las penas. ¿Cabe por ejemplo, medir con cualquiera especie de números el placer de leer un bello pensamiento filosófico o el de seguir la rigurosa demostración de un teorema? ¿Sería dado establecer entre dos placeres relaciones exactas de mera cantidad? ¿Sería capaz el moralista utilitario de expresar en cifras la admiración y el entusiasmo?

Los placeres estéticos, morales y sociales no se muestran menos rebeldes a los números. ¿Qué hacer todavía para comparar un placer estético o moral con uno material, un sabor con un afecto, un dolor con una buena acción? La virtud no se confundirá jamás con el gusto. No podeis pasar del olfato al espíritu sin franquear una distancia que parece inconmensurable.

Si las relaciones de los placeres entre sí nos colocan en situación embarazosa para apreciarlos numéricamente, más difícil es aún salir del paso si queremos comparar los placeres y los pesares. ¿De qué manera reducir, por ejemplo, a una común medida el dolor de un cólico con el placer de escuchar un poema

o la amargura del ruibarbo con la belleza de una pieza de música? ¿Cómo expresar una pena con signos aritméticos?

Lo que Guyau afirma se halla de acuerdo con los escasos resultados obtenidos hasta hoy por la psicología experimental, pues sólo ha llegado a la medición de sensaciones y percepciones simples. Los fenómenos complejos se escapan a sus aparatos como un vaho a las redes o mallas más sutiles.

«Los benthamistas, agrega Guyau, se parecen a los pitagóricos que creían estar en lo exacto cuando decían que la justicia era un número cuadrado, que la amistad era una proporción, que el matrimonio es el número tres, que la vida animal es seis, la vida humana siete, y la divina ocho. El sistema de Bentham no pasa de ser una utopía pitagórica y, como en el caso del filósofo de Samos, los números son puras metáforas». Son apariencias de intelección.

Además, la idea de la libertad interior y la voluntad son capaces de desbaratar todo cálculo sobre el placer y el dolor. La idea de libertad puede, según Fouillée, engendrar un poder moral independiente. Si me persuado, con o sin razón, de mi libertad y de mi dignidad, el dolor, desafiado por mí, será ahogado, el placer desdenado por mí, no será sentido. La voluntad puede hacer que depongan su rigidez las tenazas del dolor y que sea menos embriagador el aguijón del placer.

Fracasado en el establecimiento de una «aritmética moral», los benthamistas han ido a parar a una «estadística moral», por medio de la cual se establecerían términos medios en el valor de los objetos o actos placenteros. Se busca la formación de cuadros de valores para una posible mayoría.

Mas las excepciones no faltan y las reglas obtenidas por la estadística moral no pueden ofrecernos nada cierto; son un simple cálculo de probabilidades.

Desde el punto de vista de la busca exclusiva del placer, dice más o menos Guyau, lo único positivo viene a ser el goce inmediato e intenso. Pobre goce, por lo general el menos durable, y que es a menudo nada más que la floración del vicio. La moral benthamista, señalando como fin el más gran placer, establece y acepta por eso mismo todas las contradicciones y excepciones que la idea del placer trae consigo; ella no sólo tolera en ciertos casos la embriaguez: la ordena; ella no sólo tolera tal o cual vicio: desde el momento que en un caso dado es preferible para el individuo, lo ordena. Acordemos, pues, con Bentham, que obra bien aquel que encuentra el mayor placer en el embrutecimiento. Debemos tener el valor de alabarlos, ya que carecemos de la facultad de condenarlos. La Moral de Bentham es una casuística; placer es para cada uno lo que él siente como tal.

El cálculo de los placeres no ha resultado, como lo prometía Bentham, ni exacto, ni cierto ni de un alcance universal.

Stuart Mill ha tratado de eludir las dificultades del utilitarismo, tratando de medir el placer por su *calidad*, independiente de la cantidad y del sentimiento moral; pero no se libra de esta suerte de la implacable crítica de Guyau. «Desde el punto de vista de la experiencia, dice este, no es posible discernir en ningún placer la existencia de una calidad, independiente a la vez de la cantidad admi-

tida por unos y de la moralidad admitida por otros. Desde el punto de vista de la razón no se puede explicar esta cantidad. En fin, en la aplicación práctica no sería dado ni discernirla ni preferirla. El criterio de Stuart Mill no es, pues, ni evidente, ni demostrable ni aplicable».

• • •

Expongamos las conclusiones a que llega Guyau y como define su propia actitud al frente del utilitarismo.

A nuestro filósofo le parece difícil fundar en simples hechos, con la ayuda de inducciones puramente científicas y sin hipótesis metafísicas, una moral en la acepción estricta en que se toma este término ordinariamente. La llamada «moral inductiva» no ha logrado, como se imagina, encontrar un criterio seguro, ni señalar una obligación ni una sanción.

La moral utilitaria ha tenido razón al oponer desde su origen las conclusiones de la ciencia positiva a las fantasmagorías de la moral mística. Esta, sea que invoque una pretendida revelación, sea que se apoye en la intuición, coloca el bien fuera de nosotros, le dá una forma determinada y nos impone, amenudo por la fuerza, una conducta invariable. Hace la moral mística del bien un fetiche y el utilitarismo ha andado acertado en derribar ese ídolo de un bien que no sería ni la bondad interior de un ser verdaderamente moral ni el placer de un ser sensible.

Pero los utilitarios no han sabido comprender los sistemas adversos al suyo de una manera completa. Cuando se habla de «moralidad» Bentham y Stuart Mill creen que siempre se entiende este término en un sentido transcendente metafísico, numenal, es decir, como algo para ellos enteramente verbal, sin connotación alguna. Pero no es así. Tal reproche puede valer en contra de Kant y de los intuicionistas y místicos aun numerosos en Inglaterra; mas no todos los impugnadores de la moral utilitaria son partidarios del intuicionismo. Existe, pues, una doctrina que, sin ser intuicionista ni mística, disputa al utilitarismo el campo de la moral.

Según nosotros, dice Guyau, si hay una moral capaz de seducir a los espíritus amantes del ideal, si existe una que forme un sistema bien trabado, un todo homogéneo, es la que ha tratado de fundarse sobre la idea de «la libertad moral que encuentra en sí misma su fuerza y su fin»; en una palabra es la moral que entrevieron demasiado vagamente Zenón y Epicteto y de la cual puso Kant los primeros fundamentos. Pero Kant, este pensador a la vez tan moderno y tan escolástico, mezcló en su sistema ideas metafísicas muy discutibles. La filosofía contemporánea ha tomado en sus manos de nuevo este sistema, e interpretándolo en sus sentidos más profundos, se ha esforzado a la vez en simplificarlo y enmendarlo. Esta moral de la voluntad autónoma y automotriz ha ganado terreno en los últimos tiempos.

Guyau tiene arranques líricos en defensa de la libertad, «cuyo germen llevamos en nosotros, que debemos respetar en todo y en todas partes, en las

menores acciones, en la vida y en la muerte». Los partidarios de la libertad, sea real, ideal o virtual, llevan en ella una fuerza incontestable; se presentan además como nuestros propios defensores y los protectores de nuestro yo contra la invasión de la naturaleza y de su determinismo impersonal».

Guyau continúa defendiendo la libertad con vehemencia elocuente y lírica.

Siguiendo a Fouillée, para ir luego más lejos que él, saca el problema de la libertad del terreno de la casualidad. No piensa en defender una libertad que se sustraiga a determinaciones. Va a poner la libertad como ideal y traslada el problema al plano de la finalidad. La naturaleza propia del hombre radicaría no en sus bajos deseos sino en sus aspiraciones superiores. En el fondo del corazón humano habría un núcleo de nobles facultades en potencia. La busca de la libertad no sería más que la trayectoria ideal que lanzan esas facultades para realizarse. La moral de la libertad, de la autonomía de la voluntad señala como ideal el perfeccionamiento constante del ser. La moralidad sustraída al realismo *terre a terre* de los utilitarios, pasa a ser una ansia de perfección. Guyau va tras la libertad en parte en el sentido en que la entendían los estudios, como liberación del alma de sus tendencias inferiores, pero los sobrepasa con mucho en que no es un resignado sino un fervoroso creyente en el mejoramiento humano, en que no cierra su pecho a todas las pasiones sino que vive abrasado en grandes amores, en que no busca la paz, rayana en la indiferencia propia del estoicismo, sino que se halla presto a todos los nobles combates a que lo llama su condición de caballero del ideal.

Creemos que Guyau ha estado en lo cierto al salvar del determinismo absoluto una especie de pequeño recinto interior sagrado, una partícula de espontaneidad en la voluntad. No somos partidarios del libre albedrío, de la libertad indeterminada que defienden algunos metafísicos para salvar el orden teológico del mundo. A la inversa, tampoco creemos que se pueda afirmar que somos absolutamente determinados. Hay un pequeño seno en el fondo de nuestro ser donde parecen refractarse las fuerzas exteriores a nuestra psiquis. Existe así una sutil y tenue cuestión de fronteras entre la libertad y el determinismo. Cuantas veces nos sentimos libres tan sólo en realidad porque somos responsables. Cuantas veces nos sentimos libres únicamente porque hemos asimilado hechos, propios motivos que han venido obrando de fuera durante largo tiempo sobre nosotros. Cuantas veces la conciencia de nuestra libertad no es más que la contemplación en nuestro campo visual interior de los diferentes caminos que se nos ofrecen a seguir y de la vida que tenemos de nuestra personalidad. Esta a su vez se ha ido formando por nuestras circunstancias prenatales, nuestra educación y por hechos propios y ajenos que han ido dejando su peso muerto en los años que hemos vivido. Nosotros llamamos obrar con libertad proceder conforme al dictado que interpreta mejor nuestra personalidad completa, y así asumimos la responsabilidad de lo que hacemos. A veces brota en el individuo alguna idea, alguna actitud nueva que podemos señalar como creación del espíritu. Es el caso más indicado en que parece que nos sustraemos a un determinismo riguroso. Creamos en la fuerza espiritual creadora pero la libertad sin determinaciones no

se puede defender con simples declamaciones, por más elocuentes y generosas que sean. Creamos en la fuerza psíquica creadora de ideas nuevas y de valores espirituales. La libertad así entendida dentro de estas premisas viene a ser expresión de la personalidad; es espontaneidad, y facultad de creación.

* * *

Menos claro que antes encontramos a Guyau en las críticas que hace a la teoría de la evolución de la moral.

En lugar de un ideal inmutable la escuela inglesa nos ha mostrado la sin cesar cambiante realidad. La moralidad no tendría pues, nada de fijo. Lo que es moral aquí es inmoral en otra parte. Un meridiano decide la verdad, como decía Pascal hablando de los escépticos; y lo justo cambia de calidad al cambiar de clima porque lo justo queda reducido por completo a un juego de intereses, que son de por sí muy variables.

La teoría de la variación y de la evolución en moral, agrega Guyau, se halla ligada en su forma moderna a la gran teoría de la variación y de la evolución en las especies animadas. Aquí busca su primer argumento. La lucha por la vida, que no es más que la lucha de intereses, explica todo el mundo animal; y como el mundo humano se deriva del mundo animal esta ley debe explicar también todo en el mundo humano y la pretendida moralidad queda convertida en la reducción progresiva de los intereses a la armonía, por medio del triunfo continuo de las formas superiores de interés sobre las inferiores.

Se vé que Guyau trata de afirmar que la falta de un ideal moral en los comienzos de la vida humana se ha obtenido de una manera deductiva, en virtud de la mera interpretación del principio de la lucha por la vida. Pero esto no es exacto. Ha sido gracias a la observación directa de los hombres primitivos como se ha llegado a semejante conclusión.

Más adelante Guyau condena la aplicación de método inductivo, genético, antropológico a los problemas morales y censura a los idealistas que, según él, se dejan extraviar por esta manera de encarar la cuestión. «Si los espiritualistas; dice, supiesen creer en su «bien moral» se guardarían de ligarlo a cosas de que se puede dudar; antes de inquirir los orígenes del hombre depurarían la idea que uno debe formarse de la moralidad humana y la separarían de todo lo que es extraño a fin de arrancarla del dominio de la historia natural: lo que es inferior a la moralidad no puede alcanzarla (atteindre)». Dicho con perdón de toda la estimación que me merece Guyau, eso no pasa de ser una afirmación grandilocuente, pero verbal y hueca. En todos los órdenes de la vida se ve que lo inferior alcanza, motiva e influye sobre lo superior.

Luego continúa:

«La verdadera cuestión no está en saber cómo ha sido producida la especie humana. La cosa que importa conocer es lo que es el hombre, y, sobre todo lo que debe ser».

¿Y para saber lo que es el hombre es un asunto baladí despreciable, averiguar el origen y manera de formación de la especie humana?

Creo al contrario, que para tener su concepto integral de la naturaleza humana es indispensable partir de la génesis de nuestra estirpe. Me admira que un espíritu tan comprensivo como el de Guyau haya dejado de ver cuanta luz puede derramar sobre nuestros problemas actuales todo lo relacionado con los comienzos de la vida humana.

Para Guyau la variedad de los usos morales no implica la negociación de una moralidad ingénita en el hombre. Proceder así es confundir las normas y los sentimientos morales, que son mudables, con la voluntad moral, la voluntad del bien, que existe siempre. Que unos pueblos maten y hasta se coman a sus padres, que otros asesinen a sus hijos, que estos honren el robo y aquellos prosti-tuyan a sus vírgenes no arguye nada, según Guyau, en contra de la existencia de una moralidad íntima. Esas gentes han tenido la voluntad de proceder bien; se han equivocado, pero han buscado el bien y han sido morales.

A este razonamiento cabría observar que entendidos así la moralidad, el bien, quedan reducidos a la buena intención, a un término tan abstracto que carece de toda otra comprensión. Por otra parte, como esa buena intención no pasa de buscar la aplicación en cada caso de lo que más convenga a la vida del individuo o del grupo es en realidad una manifestación del instinto de conservación, que nunca falta en los organismos vivos. Y siendo así carece de un carácter específico que la diferencie y constituya en verdadera moralidad.

Al preconizar la tesis de una moralidad innata en el hombre se cuida bien Guyau de entenderla en una forma invariable. Al contrario; cree que ha sido un error fundamental de los espiritualistas quedarse en las viejas teorías de la moral inmutable. A medida que vaya progresando la humanidad las costumbres se pondrán en armonía unas con otras, las ideas morales se irán reduciendo a la unidad. De aquí que en estas ideas mismas se efectúe una evolución que, a los ojos de los idealistas, muestra la presencia y acción incesantes de un principio de moralidad. Esta evolución en vez de ser el simple producto de las fuerzas físicas y de las relaciones económicas entre los intereses, es el efecto y la manifestación de la voluntad humana.

Pero Guyau no se contenta con afirmar la moralidad innata en el hombre. Va mucho más lejos. Dejándose llevar por un panteísmo delirante la pone en los animales en la naturaleza inanimada entera. ¿Por qué no ligar, dice, el espíritu humano a este espíritu aún ignorante de sí mismo que se agita interiormente en la naturaleza?, ¿por qué cerrar la naturaleza a toda voluntad de lo mejor, a toda moralidad?, ¿por qué prohibir a los otros seres, por ínfimos que sean, que tengan alguna vislumbre del ideal? Si ellos llevan ya en sí a la gran humanidad, de que son los antepasados, deben tener también en algún grado sus aspiraciones y sus deseos.

¿Cabe atribuir alguna objetividad a este arranque lírico? No es posible dejar de mirarlo con una sonrisa de simpatía como hermosa vaguedad de un noble soñador. Pero nada más. Es posible imaginarse que todo átomo de la naturaleza

sea el nido donde duerme una fuerza espiritual en potencia, que el seno de la piedra tenga un alma; pero no es dado concebir esas energías ya especificadas en forma de moralidad o de aspiraciones al ideal.

• • •

Guyau se complace en mostrar las transformaciones que se han operado en los utilitarios, que no pudiendo moverse con facilidad en todas las esferas de la vida dentro de los dictados del puro interés y del egoísmo han debido saltar sus propias vallas y preconizar el desinterés y el altruismo.

En esta encrucijada los toma Guyau para acusarlos de inconsecuentes.

«Todo es interés», ha dicho Epicuro, para agregar luego que en «ciertos casos es menester saber morir por sus amigos». El desinterés, según los epicúreos romanos, no puede ser momentáneo: entre verdaderos amigos la abnegación es perpetua, no hay interrupción ni excepción; amarse es salir del interés para no volver a caer en él.

«Todo es interés», repiten Hobbes, La Rochefoucauld, Helvetius; pero este último no deja de sostener que persigue por su cuenta la dicha de la humanidad. La dicha de la humanidad antes que la nuestra, se complacen en repetir D'Alembert, d'Holbach, Saint-Lambert; y de nuevo reaparece en la doctrina del interés la idea del desinterés. En vano, dice Guyau, la inteligencia abstracta trata de excluir de sus sistemas el ideal moral: este rompe la trama lógica del razonamiento y por sí mismo se coloca en medio del sistema bambolean-te.

Bentham y sus sucesores han hecho la tentativa atrevida de unir o, más bien, yuxtaponer las dos ideas contrarias de interés y desinterés y de hacer salir al altruismo del egoísmo. De aquí dos tendencias que se han contrabalanceado y hecho equilibrio en el sistema utilitario. El utilitarismo de Stuart Mill, que valoriza el placer por la calidad y no por la cantidad, parece acercarse más que cualquiera otro al idealismo. Al parecer son más consecuentes los utilitarios que rechazan la distinción de Stuart Mill entre la calidad y la cantidad y adoptan como criterio la mayor suma de placeres. Como principal representante de esta tendencia se puede señalar a Sidgwick. Pero son consecuentes sólo en apariencias, agrega Guyau, porque deberían en verdad renunciar a fundar una moral y no lo hacen. Al revés: persiguen tal objetivo como su más cara ambición y Sidgwick habla de deber, de obligación, de moralidad, olvidando que de los meros hechos externos, de un egoísmo primitivo, de la busca inicial del placer no se puede inferir ningún sentimiento de obligación si la voluntad no lo lleva como cosa propia.

Antes de hacer notar las observaciones a que esta crítica de Guyau puede prestarse, apuntemos otras de sus impugnaciones que, por lo demás, se encuentran en consonancia con la anterior.

Guyau es muy claro en la expresión de sus propias ideas, entre las que resuenan continuamente como un *leitmotiv* cordial, la fe en la libertad y en el amor; pero resulta a veces oscuro y confuso en la crítica que hace a las doctrinas contrarias. Así se ve en su análisis de la posibilidad del amor a los demás hom-

bres dentro de la teoría utilitaria. Principia por rechazar Guyau todo avenimiento con Stuart Mill y Spencer para concluir de acuerdo con La Rochefoucauld, precursor en cierto sentido de los utilitarios contemporáneos,—en que pueda nacer el amor como vástago tímido de un sentimiento que en un principio no fuera otra cosa que un interés disimulado hipócritamente.

Ya sabemos que Bentham había llegado lógicamente a condenar el desinterés. Para él, los que en moral hicieran de la abnegación una virtud, se parecerían a los que en economía política hicieran del derroche un mérito. Pero Stuart Mill no se ha conformado con estas consecuencias y ha sostenido que por el hábito, la educación y la asociación de ideas es posible hacer del altruismo una segunda naturaleza y poner en el corazón de los hombres un invencible deseo de dar. El resultado sería para la humanidad un aumento en los dones que recibiría. Asimismo dice Spencer que en la sociedad futura las esferas de actividad se harán equilibrio tan perfectamente que cada cual obrará con toda espontaneidad en el sentido del bien de los demás como si fuera el suyo propio.

Mas Guyau no acepta estas plácidas perspectivas. Les encuentra base deleznable. «¿En la doctrina del interés, dice, no se reduce el amor de la humanidad a una mentira mutua? Yo me siento a mí mismo creyendo que le amo cuando en realidad no hago otra cosa que desear algo; le miento a Ud. al decírselo; usted me miente a mí al decirme la misma cosa y yo me engaño al creerlo. Para escapar a esta mentira Helvetius suprimía simplemente el amor de los demás. ¿No era más consecuente que ciertos altruistas contemporáneos?»

Guyau no acepta tampoco ningún amor que provenga de la honda fuente del instinto. «Todo instinto, dice, al hacerse consciente tiende a destruirse: la simpatía puramente instintiva se suprimirá pues al conocerse a sí misma». Esto es un error. El amor de madre y de padre y el amor sexual propiamente dicho arrancan de profundas raíces instintivas que no restan a esos amores ni mérito ni importancia. Que sean espléndida luz y calor de la conciencia no quita que hayan partido de las oscuras entrañas del ser y continúen ligados a ellas. ¿Podemos negar por otra parte que la simpatía que solemos sentir por personas de uno u otro sexo no tenga frecuentemente un arranque instintivo?

Pero Guyau no da valor más que al amor que brota de un movimiento libre y espontáneo de la voluntad. «La necesidad exterior de la naturaleza puede aproximar nuestras esferas de acción, dice; puede impulsarme hacia usted, puede impulsarlo a usted hacia uno y estrecharnos en un común abrazo. La necesidad interior que los utilitarios llaman simpatía o altruismo puede hacer aún más: gracias a ella nuestros mecanismos entran en equilibrio y armonía. ¿Pero es esta la ideal fraternidad de la benevolencia? Nó, porque ni el uno ni el otro hemos querido lo que hacemos ni nos hemos querido. ¿Hemos dado un solo paso que no pueda reducirse a las leyes del instinto o del interés? ¿Por qué entonces íbamos a sentir uno respecto del otro esa gratitud que parece implicar el amor?»

Más adelante, reafirmando su fe, aunque reconociendo que anda a tientas en el terreno de lo hipotético, continúa: «Entramos aquí en esa esfera de lo incognoscible que admite Spencer y donde las diversas hipótesis no pueden ni demos-

trarse ni verificarse donde, por lo menos, hay algunas que son más bellas que otras; algunas que parecen dar cuenta más bien de todos los impulsos que sentimos o creemos sentir en nosotros: sea espejismo o verdad, esas nos atraen por obra de una seducción invencible. Creemos en nuestra libertad real o virtual, en nuestro desinterés, tenemos fe en nuestro ser moral, fe en nosotros. Todas estas creencias se hallan seguramente mezcladas de ilusiones, de confusiones, de falsedades. Sin embargo, ¿no hay nada en el fondo, no podemos sacar de nuestra conciencia, que nos engaña tan a menudo, algo como un residuo de verdad? No se trata de salvarse en el número de Kant; sería menester encontrar una tendencia inmanente al ser mismo. ¿No sería esta tendencia fundamental, como ya lo hemos dicho, la tendencia a la expansión de sí mismo, a la liberación de toda inclinación inferior y, de esta suerte, a la unión con los demás, a la simpatía, al amor?»

No obstante estas declaraciones tan categóricas vuelve en parte sobre sus pasos Guyau antes de terminar el párrafo y, apoyándose en las máximas de La Rochefoucauld, precursor ilustre del utilitarismo, tienta una conciliación con las doctrinas de que tanto abomina. Aún encuentra muy laudable la hipocresía, el interés que disimula para conseguir sus fines. Lo considera por lo menos un buen principio de evolución superior.

Sin esta conciliación que se va a tentar encontraríamos más desconsoladora la doctrina de Guyau que la de los utilitarios. Estos dicen: los hombres son primitivamente egoístas e interesados y no buscan más que el placer; pero de esta tosca arcilla primitiva se puede sacar por medio de la educación y la evolución de los sentimientos, el desinterés, el altruismo, el amor a la humanidad.

Guyau ha replicado: si no se encuentra en el alma un núcleo primordial, ingénito de esos sentimientos no se podrá obtener nada mejor; no hay alquimia educativa, moral o social que pueda transformar el interés en desinterés, el egoísmo en altruismo.

Ahora, como es lo más probable, que los utilitarios tengan razón en lo que afirman sobre el fondo de la naturaleza humana y la génesis de los sentimientos, no habría dentro de las doctrinas de Guyau esperanzas de perfección para la humanidad.

Pero, en verdad, Guyau concluye por aceptar la transformación psíquica que con tanta energía rechazara en un principio.

Las Máximas de La Rochefoucauld dice nuestro filósofo aproximadamente, constituyen una buena imagen de lo que han sido los hombres en el pasado, menos exactas al pintar como son en el presente y que no corresponderá talvez a lo que han de ser en el porvenir. Son verdaderas esas máximas, pero espereemos que los vayan siendo cada día menos. Sin duda un instinto vivaz, tendencias inferiores nos arrastran hacia abajo cuando quisiéramos ir hacia arriba. Mas nosotros tratamos de ocultar y velar estos instintos de la naturaleza animal. La Rochefoucauld reconoció muy bien este hecho y lo llama hipocrecía. Es como una primera metamorfosis del interés. Y Guyau agrega complacido: «Si el interés tiene vergüenza es quizás porque se encuentra en presencia de algo superior, es porque se ve al frente del ideal concebido por nuestro pensamiento; el animal

tiende entonces a huir delante del hombre; se puede decir en este sentido que la *hipocrecía es un principio de virtud y de respeto* a los demás». ¡El buen Guyau! a que extremos lo lleva su placidez de espíritu!

«Se vé, continúa, que la doctrina de La Rochefoucauld y de los utilitarios puede ser en parte aceptada por todo filósofo a condición sólo de ser completada. Ella expresaría uno de los momentos y de los factores de la evolución psicológica... Se podría mostrar el germen de la voluntad desinteresada en el fondo mismo de la voluntad egoísta. El interés no sería otra cosa que el primer grado de una voluntad que, por su naturaleza misma y cuando se siente libre de sus amarras primitivas, se abre a los demás y sólo quiere amar».

Es la conclusión a que han llegado Stuart Mill y Spencer. Guyau ha venido a coincidir con ellos después de muchos rodeos y de criticarlos implacablemente. El respeto por La Rochefoucauld lo hizo encontrar esta conciliación.

ENRIQUE MOLINA.

Edouard Dujardin.

La viviente continuidad del simbolismo

Hemos traducido este interesante estudio de Edouard Dujardin, poeta considerado como de la segunda generación de los maestros del simbolismo francés.

Se hallará en él explicado simple y claramente lo que los propios simbolistas han considerado los fundamentos de su estética, y la posición y el valor actual del simbolismo ante las más modernas tendencias de la literatura.



ON todos sus inconvenientes, la vejez no deja de tener sus ventajas: uno ha asistido por sí mismo a los acontecimientos que los jóvenes no conocen sino por los libros o de oídas; ha visto nacer, desarrollarse y, a menudo, peligrar las glorias; al mismo tiempo que se avisa hacia el porvenir, se recuerda el pasado; basta haberse librado en algo de ser los prisioneros de una fórmula, para quedar mejor dispuestos ante el presente; a falta de serenidad, nos queda alguna filosofía... A todo esto se llama el retroceso.

Lo que es verdadero para el tiempo, lo es igualmente para el espacio. Escribo estas páginas en medio de las montañas de Gstaad; tengo bajo mi ventana el paraje más hermoso del mundo; la atmósfera es deliciosamente pura, la calma, paradisiaca; los huéspedes de este cómodo hotel en que estoy instalado son discretos vecinos; esta mañana paseaba por los senderos alpinos; esta tarde fumaré mi cigarro en el hall del hotel, y sucesivamente, la canción de los abetos y el jazz-band habrán encuadrado mis ensueños. Me parece estar mejor dispuesto para hablar de la poesía y de los poetas que después de una conversación literaria en el café de la Rotonda o en las oficinas de tal o cual revista... Aun desde este punto de vista, es el retroceso...

Casi siempre una época literaria que sucede a otra, la combate, y frecuentemente sin amenidad alguna; literariamente, decía recientemente Marcel Raval, «es preciso dar muerte a sus padres...» El escritor que se ha creído siempre en la vanguardia se da cuenta un buen día de que se le trata como el trató a sus an-

tecesores; y lo extraña. Pero los años pasan, y, con el espíritu nuevamente serenado, terminará por sonreír si reconoce que aquellos mismos que lo han atacado no han hecho sino reconocer, sin darse cuenta de ello, ciertamente, y, a no dudarlo, con alguna rudeza, el aporte de su juventud.

La creación de una generación contra aquella que la ha precedido puede ser, en realidad, una revolución intransigente; así fué como el romanticismo atacó al clasicismo degenerado de Lefranc de Pompignan; pero puede ella no ser sino una rectificación, rectificación de ciertos aspectos de la generación precedente, y guarda fidelidad (muy a menudo, aun sin darse cuenta) a lo esencial de su espíritu.

La historia nos señala algunos reformadores que han salido de la Iglesia, como Lutero, y que han creado algo nuevo, declarando que no querían reformarla, y otros, como San Bernardo, que, corrigiéndola, la han continuado. Translademos estas temibles peripecias al campo de la literatura. ¿Revolución o simplemente rectificación? Tal es la cuestión que debe plantearse cuando se ve que un movimiento literario sucede a otro. Consideremos, pues, cuál es el espectáculo a que han asistido, por gracia de su edad, los sobrevivientes del simbolismo.

Nos habíamos iniciado hacia 1886; en 1891-1893 fué el gran florecimiento; nuestros maestros, Mallarmé, Verlaine, Rimbaud, entraban ya en la gloria; entre los que entonces eran los jóvenes, se publicaban los *Derniers Vers* de Laforgue; Moreas, el *Pèleris Passionné*; Mockel, la *Chantefable*; Vielé-Griffin, los *Nouveaux Cygnes*; Gustave Kahn, las *Chansons d'Amant*; Henri de Régnier, *Tel qu'en sogne*; Fontainas, Stuart Merrill. Herold, Robert de Souza comenzaban; Verhaeren iba a dar sus nuevos poemas; Maeterlinck daba a la representación sus primeros dramas; yo, las tres partes de *Antonia*; no sin algún escándalo, René Ghil se separaba del simbolismo; y pronto entró en escena lo que se llamó la segunda generación simbolista, rica en grandes escritores, como Gide, Valéry, Paul Fort, Ghéon, Claudel.

Hacia el fin del siglo diecinueve, se inaugura la reacción antisimbolista; los poetas de 1886 bordean ya la cuarentena; es la edad en que se empieza a sentir el empuje de los que vienen en seguida. He aquí, desde luego, los naturistas, que se expresaron con mayor éxito en la novela, como Montfort, y en el teatro, como Saint-Georges de Bouhélier; después, Florian Parmentier, Nicolás Beauduin, los fantasistas, Fernand Divoire, muy dolido en esta época a no saber nada del simbolismo, Jean-Richard Bloch, que tampoco sabía de él en el momento en que fundaba el *Effort libre*. Luego manifiéstase el grupo de la Abadía, o, si quiere dársele el nombre que a pesar de todo ha conservado, los unanimistas; aunque muchos de entre ellos hayan manifestado siempre su deferencia hacia sus predecesores, la hostilidad parece irreductible.

Revolución, dijeron los jóvenes de 1907 (1907 es el año de la Abadía); pero he aquí precisamente lo que se trata de examinar.

Había aparecido ya Guillaume Apollinaire, y rápidamente, se constituye uno de los grupos más impresionantes, que comienza a podar del unanimismo los mismos brotes que éste acababa de cercenar al simbolismo; y después de la guerra, a con-

tinuación del poeta de *Alcools*, se organiza toda una reacción contra la reacción antisimbolista, hasta tal punto, que los mismos enemigos del simbolismo vense obligados a reconocer su renacimiento. En este momento, la gloria de Mallarmé, padre y maestro del simbolismo, resplandece más y más, y con mayor pureza que jamás gloria de poeta alguno tuviera. Los nombres de Rimbaud y de Laforgue brillan con destello extraordinario. La historia del período simbolista viene, poco a poco, a ponerse de moda; es toda una época, que se remonta a los comienzos de la actualidad.

Y una inquietud se esparce entre los que creían haberle dado muerte: ¿no ha muerto, pues, el simbolismo?...

Habría en todo, para nosotros, los veteranos, una esperanza de pequeña venganza nada cruel; pero no es para saborearla para lo que he querido escribir este artículo. La hostilidad de algunos de los poetas que nos han seguido no ha dejado en mi corazón ninguna herida, y jamás he manifestado sino mi simpatía por su esfuerzo; prueba de ello es el estudio que cito un poco más adelante. Si los hijos deben dar muerte a sus padres, como afirma Maurice Raval, conviene que los padres se resignen a morir,—libres para resucitar en seguida.

Bajo el título *¿Ha dicho el Simbolismo su última palabra?*, el *Disque vert* de Franz Hellens publicó hace un año los resultados de una encuesta sobre cuatro preguntas que pueden resumirse así: ¿Ha satisfecho cumplidamente su misión el simbolismo?... ¿Son las manifestaciones actuales de su espíritu sobresaltos supremos o aspectos nuevos? ¿Si no ha tenido éxito, cuáles son las causas de su «semi-fracaso»?... ¿Si no lo ha dicho todo todavía, qué puede quedarle por decir?...

Se han preguntado si no sería el caso de hacer a los poetas jóvenes las preguntas que siguen:

¿Ha cumplido su misión la reacción unanimista?...

¿Os parecen espasmos supremos las actuales manifestaciones del espíritu unanimista?...

¿Ha tenido éxito el unanimismo? etc...

Revolución o simple rectificación, he aquí todo el problema. No se trata, como lo ha dicho muy bien Robert Boudry en su respuesta al *Disque vert*, de saber si una pequeña escuela, llamada simbolista, ha producido o nó el libro que se esperaba de ella, ni de por qué lo ha dado o no lo ha dado; se trata de saber si junto a la capilla literaria, hubo un espíritu simbolista cuya influencia haya sido considerable. Más vano sería aún preguntarse si es justo esperar en 1924 algunas obras que hagan revivir la moda de 1886. Y el error no sería más pequeño si se considerara uno solo de los elementos del simbolismo, y, después de haber constatado su decadencia, inferir de esto la desaparición del simbolismo todo; así, he oído recientemente a uno de mis amigos escritores, define el movimiento según el sentido etimológico de la palabra, y reducir todo el esfuerzo de 1886 al empleo del símbolo. Tal como si limitáramos el movimiento naturalista a la descripción de la naturaleza...

Para saber dónde está situado hoy el movimiento simbolista, es indispen-

sable esforzarse en definirlo, nó en su apariencia superficial, nó por uno solo de sus elementos, sino, hasta donde sea posible, en su esencia. Sólo sujetándonos a esta condición, podremos reconocer si es una escuela hoy caduca, o qué uno de los grandes movimientos de la historia de la poesía francesa; es decir, si ha aportado una manera original y nueva (o por lo menos renovada)—y durable—de comprender la poesía.

• • •

En un estudio anterior, actualmente agotado, he analizado, a propósito de la obra de Mallarmé, algunas de las características del simbolismo; no cuento ahora con el espacio necesario para volver a coger y a desenvolver estos puntos de vista, que ante todo habría que completar. Muchas de estas características han sido varias veces reconocidas y analizadas; son, indudablemente, aquéllas de que primero tuvieron conciencia los poetas de 1886, y basta recordarlas brevemente.

Cierto es que el simbolismo ha sido ante todo *simbolista*: las cosas aparentes no tienen interés, sino en cuanto son los símbolos de cosas intelectuales; tal había sido la primera lección de Mallarmé. Si el empleo del símbolo, lo he dicho ya, ha sido uno de los elementos del simbolismo, no ha sido, sin embargo, el único ni el más importante. Grande fué, igualmente, en 1886, el papel del idealismo; pero la moraleja idealista no fué más primordial que el recurso del símbolo, cualquiera que fuera la importancia que le reconocimos entonces. Siempre preocupados de alcanzar la realidad a través de la apariencia, concebimos al poeta, según la célebre fórmula de Elisabeth Browning, como *aquél que dice las palabras esenciales*. De aquí ese afán de sugerir, más que de hacer descripciones; así los simbolistas libertaron la poesía de lo descriptivo, tanto como de la narración.

No menos nítida fué nuestra conciencia de la necesidad apasionada que nos conducía hacia la vida interior. La poesía, toda hecha de exterioridades, del romanticismo, y sobre todo del Parnaso, nos repugnaba; el naturalismo entonces al uso nos inspiraba horror. No había otro problema sino el alma para los poetas de 1886. Esta rebusca me llevó a mí mismo, con *Les lauriers son coupés*, a un ensayo acerca de lo que hoy se llama el monólogo interior, y que tanto han elevado James Joyce, en Inglaterra, y Valéry Larbaud, entre nosotros.

Es rarísimo, sin embargo, que los autores de una renovación literaria adquieran inmediata y plenamente el sentimiento de la novedad que aportan. No nos dimos cuenta, sino algo más tarde, de lo que debía ser precisamente el aporte decisivo del simbolismo. Esta realidad esencial, esta vida interior, la hubieran buscado los clásicos en el sentido de lo que ellos llamaban la razón; nosotros la buscamos en la dirección hasta entonces despreciada, hoy se diría rechazada, de lo inconsciente. Esto constituía una novedad considerable. Robert de Souza dijo con mucho acierto, en la encuesta que el año último ha abierto la *Muse Française*, que la gloria del simbolismo estaba en «haber llevado a la poesía a su fuente móvil, lo más próxima de sus misteriosos orígenes subconscientes».

El objeto que atribuíamos a la poesía debía obligarnos, pues, a separar de ella todo lo que conducía al razonamiento, a la demostración, al análisis, en una palabra, a la facultad que llamamos «inteligencia» en nuestros manuales de filosofía. Schopenhauer vino, así, en socorro nuestro. Al establecer la oposición fundamental entre el mundo de la «Representación» y el mundo de la «Voluntad de Vivir», nos enseñaba que, si el primero influía las artes pasadas sobre el concepto, el segundo le era extraño por completo. El simbolismo erigió en principio soberano la diferenciación de los dos dominios.

Ahora, ¿cuál era el arte, libre de todo concepto, al cual Schopenhauer concedía la potencia de expresar el mundo de la Voluntad?—La música. He aquí la razón por qué la influencia de Wagner fué tan considerable en 1886; Wagner fué, desde luego, el intérprete que a la mayor parte de nosotros nos hizo penetrar en Schopenhauer, y, luego, el magnífico ejemplo que nos probaba cómo la música podía ser Voluntad de Vivir. Deliberadamente, alzamos la poesía sobre el trono schopenhaueriano de la música. Esto es lo que debemos entender cuando se dice que el simbolismo ha libertado a la poesía de la esclavitud del intelectualismo, y la ha restituido su valor musical.

Muy claramente tuvimos entonces el sentimiento de ser músicos en nuestra poesía; puede ser que aún comprendiéramos en un sentido demasiado superficial la «música del verso». Cuando Mallarmé escribía aquellos poemas en que surgía, en enigmáticas palabras, el subsuelo del yo misterioso, algunos de entre nosotros esforzábanse aún en hallarles una explicación racional. Otro de nuestros errores había sido el poema en prosa (que no tenía nada de común con la concepción que hoy tienen de él los jóvenes como Federico Lefevre). Pero, poema en prosa o poema en verso, la concepción musical de Schopenhauer hallábase en el fondo de todas nuestras investigaciones.

Apareció así, por primera vez en la literatura francesa moderna, la posibilidad de definir el dominio de la poesía y el dominio de la prosa en otra forma que por la mera exterioridad. Ved, desde luego, la encuesta de la *Muse Francaise*. La poesía es el arte de hacer versos, dice Mario André. Hé aquí la confesión plena de que entre una obra de poesía y una obra de prosa no existe, para los clásicos otra diferencia que la de la forma; pero, en efecto, ¿qué otra diferencia, sino la de la forma, es posible imaginar entre el *Avare* y el *Misanthrope*? Por el contrario, los románticos jamás pudieron caracterizar la poesía sino como en cierto estado de excitación intelectual que resiste todo análisis; véase también en esta encuesta el acuerdo de tantos poetas para declarar que la poesía es indefinible. Decid más bien, queridos colegas, que sois vosotros quienes no podéis definirla.

A partir del simbolismo, existe el dominio de la prosa, que es el del pensamiento razonante; y el dominio de la poesía, que es el de la música. La poesía es el resplandor de la profundidad (1).

(1) Estoy enteramente de acuerdo con Robert de Souza en que la diferenciación del dominio de la poesía y el de la prosa no es un problema de «clasificación de los objetos como poéticos y no poéticos, puesto que la exaltación del sujeto basta a darles todas las formas». En cambio de la «exaltación del sujeto», yo diría más bien «estado musical» del sujeto; el punto importante es que el objeto en sí mismo

Ahora bien, si la vuelta a la vida interior, la rebusca de lo esencial, eran ya aportes inestimables, esta tentativa de descender hasta la vida de lo inconsciente, esta definición de dominios, este valor musical concedido por fin a la poesía, era el acontecimiento más formidable de la historia de la poesía francesa desde el siglo diez y siete. Ciertamente, en 1886 no hicimos sino seguir a nuestros maestros, Mallarmé, Verlaine, Rimbaud, cuya originalidad era profunda; ellos mismos habían tenido precursores, Baudelaire, sobre todo, y, a través de Baudelaire, Edgar Poe. Baudelaire debía aparecércenos también como el más grande poeta del siglo diez y nueve. Sólo la indiferencia de la juventud hacia Leconte de Lisle y el Parnaso, ¿no prueba la continuidad del espíritu simbolista; y no lo prueba, asimismo, la conservación del culto a Rimbaud y a Mallarmé? Entre nuestros maestros, Verlaine es evidentemente aquel en quien el simbolismo «Voluntad de Vivir» es menos perceptible.

No hay tampoco error más fundamental que hacer del simbolismo el sucesor del romanticismo. Nos extrañaríamos al ver que René Ghil, que cae en tal error, no profesa el anti-simbolismo; que este profundo poeta me permita decirle, aun a riesgo de agraviarle un poco, que él es simbolista, tanto como sus camaradas, por todo lo intensamente musical que canta en su obra. Si el romanticismo es ante todo una expansión de la sensibilidad en la naturaleza (*Le Lac*, la *Tristesse d'Olympio*), el simbolismo se halla en las antípodas.

El simbolismo debía regenerar la concepción misma del verso; si la poesía es un resplandor, el verso mismo debe ser como un centelleo,—verdad luminosa y milagrosa, que ha renovado la literatura. El principio del resplandecimiento ha arrojado efectivamente de la poesía los monstruos que la infectaban: el tono oratorio, el desenvolvimiento, el período; y ha originado el verso libre. Si los poetas jóvenes de 1886 han enriquecido la poesía con el verso libre, no ha sido evidentemente por azar o capricho, sino porque el verso libre es la forma, si no necesaria, la más adecuada por lo menos de un resplandor que el verso clásico o romántico no puede hallar sino accidentalmente.

Aunque los fantasistas parezcan ser sus adversarios, a poco que penetremos la significación de la palabra, habremos reconocido en la fantasía otro aporte del simbolismo. La fantasía es para todo el mundo una cierta liberación de las leyes de la lógica racional; pero, esto sentado, es preciso distinguir la fantasía en que lo irracional es simple gracejo, y aquella otra en que es una manifestación de lo *irrazonado*. De tal suerte, Alexandre Arnoux evocaba recientemente «esas

es neutro, y puede ser pensado poesía o pensado prosa; «es, agrega Souza, el estado que el objeto determina en nosotros lo que lo hace poético», dicho de otra manera, el estado en que nosotros lo percibimos.

Habría lugar a estudiar separadamente la hermosa y profunda teoría anticipada por Julio de Gaultier y en la cual insiste en el *Mercur de France* del 1.º de Marzo de 1924: la poesía sería (o debería ser) una especie de retorno al lenguaje primitivo, el cual no era sino «la prolongación y la exteriorización en el medio sonoro de la vibración nerviosa identificada con la realidad misma de la emoción fisiológica», el hombre que entonces transmite al hombre, «de una manera enteramente edecuada su «estado de sensibilidad». De tal suerte, la poesía sería «una tentativa biológica para reconstituir por medios nuevos apropiados a las circunstancias del nuevo lenguaje, el antiguo poder». Menos afortunado es Julio de Gaultier en la selección de algunos de los ejemplos que trae en apoyo de su teoría.

conjunciones misteriosas de las almas y esas conjunciones invisibles y esas cosas indecibles, que son las únicas que valen la pena de ser vistas y que merecen ser vistas y que merecen ser contadas, mientras Jacques de Lacretelle reconocía en la fantasía comprendida en esa forma, una herencia del simbolismo. ¿No se presenta inmediatamente al espíritu el nombre de Laforgue?

* * *

Estoy muy lejos de conceder la calidad de obras maestras a lo que lograron realizar los jóvenes simbolistas de 1886 y 1891. No quiero referirme solamente a las extravagancias decadentes que precedieron al simbolismo y que fueron como su efervescencia precursora; hubo una jerga simbolista; hubo una moda simbolista; yo no puedo leer sin avergonzarme algunas páginas que escribí entonces, y sólo me consuelo cuando me doy cuenta de que algunas otras de mis camaradas no eran menos ridículas. Pero ¿no se hallarían los mismos errores en los jóvenes románticos de 1830 y en Víctor Hugo tanto como en los menores? ¿Y, quien dudara de que no llegarán a reconocerse en los jóvenes de hoy, cuando el tiempo haya hecho su obra? A menos que, desaparecidos nosotros, no parezcan desbordantes de sabor a nuestros nietos...

No es menos innegable que en el entusiasmo de nuestras exploraciones musicales, no hallamos buscado lo bastante la expresión concisa de nuestro pensamiento; y esto es más grave. Muchos agregados no podían dejar de envejecer rápidamente en el simbolismo, y desde luego, las doctrinas filosóficas amigas y aliadas. Era preciso esperar a que las nuevas generaciones, separando el rosal de sus sostenes, se resolvieran a conservar la concepción musical de la poesía y abandonar la metafísica que por un tiempo la sostuvo.

Había, ciertamente, en el simbolismo ciertos elementos cuya falta de viabilidad debimos reconocer: empleo sistemático del símbolo, del idealismo, aún. En sus principios, hasta en los más viables, había también, como en todas las cosas humanas, algunos peligros, entre los cuales era el principal el olvido de lo que nosotros llamábamos entonces el mundo de la apariencia, y que hoy llamamos más simplemente el mundo real. Hacia fines del siglo último, a pretexto de alcanzar aquella que llamábamos nuestra realidad superior, nos ahogábamos en lo irreal; agregad cierta manía de situar nuestros poemas en épocas desnudas de toda verdad y aun fuera de toda edad, y, preciso es confesarlo, un cierto desinterés de la vida misma. Robert Giette ha precisado todo esto en la encuesta del *Disque Vert*. Era indispensable una reacción.

Los unanimistas comprendieron que era preciso renunciar a todo este material caduco; preconizaron, contra Mallarmé, la expresión directa; contra sus discípulos, honraron nuevamente la sobriedad; volvieron a tomar contacto con la vida; volviendo a coger las mismas expresiones del simbolismo, (centelleo, real, alma), han derivado su gran fórmula: la poesía, resplandor de lo real y del alma. Pero, al hacer esto, no solamente no alcanzaban en nada a las grandes novedades impus-

tas por el simbolismo, sino que continuaban, en lo esencial, la concepción de la poesía que el simbolismo había instituido.

Una rectificación, pues, y nada más.

A decir verdad, la iniciativa de esta rectificación se debía a dos grandes poetas. A Claudel, desde Inego. Y, después, pero independiente de él, a André Spire.

Yo mismo, aunque más tardíamente, me esforcé en alcanzar esta corrección; tal es el objeto del estudio *Stéphane Mallarmé au prophète Ezéchiel*; desde *Antonia* a *Mari Magno*, a *Epoux d'Heurele-port*, a *Mystère du dieu mort et resuscité*, esta rectificación es más que evidente.

Los unanimistas han tenido el mérito de organizar la reforma claudeliana; ningún poeta que yo conozca se ha mostrado nunca más inepto para todo fin teórico que Claudel; los unanimistas, por el contrario, erigieron el monumento de una doctrina; esta conciencia de su obra les ha valido su éxito.

Tan pronto como estuvo hecha esta rectificación, los unanimistas podían y debían contiunar individualmente su producción; pero, el movimiento, ¿había «cumplido su misión», para usar los términos de la encuesta del *Disque Vert*? En efecto, el unanimismo no existe hoy sino en la persona de su fundador, y si alguna vez fué una agrupación, jamás grupo literario ha sido más efímero; comparad la persistencia material del romanticismo, del Parnaso, del simbolismo, la solidez de los cuadros en estas tres escuelas!

He hecho a Vildrac, a Duhamel, a Jouve, a Durtain, a Arcos, esta pregunta:

—¿Vosotros sois unanimistas?

Los tres me han respondido con el nó más unánime.

Creo haber indicado en qué consiste la importancia, la gran importancia del unanimismo; quisiera hacer ver cómo, obrada su rectificación, los unanimistas se han incorporado a la corriente originada por el simbolismo. No hablaré de Duhamel, que me parece repartirse actualmente en las dos direcciones *Possession du monde* y *Confession de minuit*; ni de Jules Romains, cuya obra, lógicamente concebida, lógicamente deducida, lógicamente realizada, tiende hacia el dominio del pensamiento razonante y se desenvuelve, por lo tanto, en absoluta regresión respecto de las tendencias de la poesía moderna; ni de Chennevière, ni de Arcos, sea como fuere su gran talento; y tomo tres escritores que me parecen los más representativos de la evolución del grupo; Vildrac, Durtain y Jouve.

Vildrac, gran poeta y gran dramaturgo; observad cómo hoy queda justamente lejos del unanismo, cómo ha vuelto a la pura expresión de la vida interior, cómo ese *Pèlerin* (que hasta hoy es sin duda su obra dramática maestra) se mantiene en la gran tradición de que Villiers de l'Isle-Adam dió tan bellos espécimens. ¿Y no resulta especialmente conmovedor que los dramas de Vildrac, que en apariencia son la prosa misma, sean, interiormente, obras de un poeta, en el sentido en que hemos entendido la poesía?

Durtain, poeta y novelista, *Douze cent mille*, con su trama episódica, es propiamente la vida de un alma; pero su obra en verso, que en sus comienzos no le dió particular evidencia, va elevándose en cada poema que publica; ¿y qué

debemos reconocer en *Perspectives*, el último de sus poemas? Precisamente esas cualidades de vida interior que el simbolismo exigió a la poesía. Todo es visión en *Perspectives*; pero, mientras en tantos escritores, la imagen, tan novedosa como sea, y sin duda porque es demasiado novedosa, nos parece siempre algo sobrepuesta, en *Perspectives* proviene de las fuentes más íntimas de la emoción.

Mucho se ha escrito sobre Vildrac y recientemente sobre Durtain; Pierre-Jean Jouve no caracteriza menos que ellos las tendencias contemporáneas; pues la obra de Jouve es un permanente devenir, o, mejor, un esfuerzo incesante del poeta sobre sí mismo para adaptar su palabra a su corazón. La guerra parece haber sido el trinquete de su inspiración; pocos libros hay tan terrible y tan continuamente ásperos como la *Danse des morts*; es el grito directo de un horror casi físico. En *Tragiques*, seguido de *Voyage Sentimental*, recién publicados, volvemos a encontrar varios libros aparecidos anteriormente en pequeñas tiradas, y uno inédito. El primero, el *Livre de la nuit*, tiene aún algo de la dureza de la *Danse des morts*; pero ya se ha abierto una ventana. La atmósfera se purifica más y más con el *Livre de la grâce* y *Toscane*; nada conozco de una gravedad más profunda que la elegía:

Ainsi je quitterai demain ce lac entre les montagnes...

Desde este momento, puedo decir que he creído en Jouve, a pesar de sus obras a veces imperfectas. El *Voyage Sentimental*, con que termina el nuevo volumen, es completo como obra realizada. Su composición es impresionante; hay, por cierto, poemas en prosa, paisajes; pero descritos desde el interior. Con la segunda parte, que es una serie de poemas de amor, llegamos a la gran belleza; sé que se han reprochado a estos poemas ciertas tendencias eróticas; a mí no me molestaron, pues se pierden en el fluir de la pasión interior, sólo comparable a la música de *Tristán e Isolda*. La tercera parte, como un gran ciclo que se cierra, nos lleva a los paisajes, ahora graves, de la vida pasional que acaba de ser evocada. Sube así el *Voyage Sentimental* desde lo más hondo del alma del poeta; realiza el ideal de nuestra juventud, un canto de amor surgido del mar tenebroso que se agita en las profundidades; hace un momento he citado *Tristán*; como él, es la voz de la música en el sentido más schopenhaueriano de la palabra. Y reímos de las historietas más deliciosamente narradas cuando oímos cantar una voz tan amplia.

Juzgando por lo que de él conozco, Jouve no se defenderá aquí; su fin parece ser buscarse indefinidamente; no es un término, sino, en el sentido más elevado, una continuación. Y es por esto por lo que aparece, con Durtain, como uno de los grandes poetas de su generación, en la misma forma que Vildrac es uno de los grandes dramaturgos. Ejemplo muy instructivo en una época en que muchos parecen buscar, en diferentes sentidos, la fórmula de un clasicismo moderno; el clasicismo moderno no consiste en la vana imitación de pasado; está incorporado al desarrollo del gran movimiento de reintegración poética que los jóvenes de 1886, sin haberlo realizado, tuvieron la fortuna de iniciar.

¿Es propia de los unanimistas esta evolución? De ninguna manera. Anteriormente, Florian-Parmentier había indicado la importancia de lo inconsciente,

señalando cómo la riqueza que en él se halla acumulada, viene a ser revelada por el impulso creador, cómo, gracias a él, comienzan a organizarse en lo inconsciente y suben hasta la conciencia. Habría que examinar, igualmente, qué relación han podido tener con estas teorías y con el simbolismo las doctrinas de Bergson y de Freud; en artículos aparecidos en 1921 en los *Cahier Idéalistes*, Charles Baudouin ha establecido que los principios mismos de la psicoanálisis se encontraban en potencia en el simbolismo.

Entre los poetas más arriba citados y que antes de la guerra pasaban por ser adversarios del simbolismo, algunos han desarrollado sus fórmulas; Nicolás Beaudouin, con su poema sinóptico, Fernand Divoire, con el simultaneísmo, vuelven, no ciertamente al simbolismo, pero sí a lo que había de esencial en el simbolismo, y la *Naissance du poème* de este último es una obra de alta significación; en sus obras más recientes, y particularmente en algunas páginas que conozco de su *Journée Kurde* (en gestación aún), Jean-Richard Bloch manifiesta el alma profundamente musical que en obras anteriores presentaban sus predecesores. ¡En fin, tenemos todos los poetas y los prosadores que proceden de Guillaume Apollinaire!

Me complacería en enumerar, entre los escritores jóvenes, a todos aquéllos a quienes mi vejez mira, con agradable emoción, desenvolverse en el sentido «musical» de la poesía; pero conozco demasiado el peligro de las listas de honor, donde siempre hay demasiado y muy poco. No puedo abstenerme, sin embargo, de decir cuánto interés despierta en mí la evolución de los fantasistas. Si la fantasía debe alimentarse en las fuentes profundas del pensamiento poético, ningún grupo, entre los poetas jóvenes, muestra ser descendiente más auténtico del simbolismo. Tal es el extraordinario Pierre-Albert Birot, que después de haber producido poemas del más sugestivo acento, ha logrado, en *Grabinoulor*, en las categorías más desconcertadoras para la razón razonante, expresar la infinita fantasmagoría de la vida interior.

Para otros, la fantasía es un medio de expresión para llegar a lo humano; pienso en esta obrita deliciosa y punzante, representada y no publicada aún, el muchas veces admirable *Deo Ignoto* de Georges Pillement.

Todo un estudio sería necesario para analizar lo que deben al simbolismo, —muy probablemente a pesar suyo,—en la manera de expresar su sensación de las cosas, algunos de entre los mejores de nuestros jóvenes novelistas, como Valéry Larbaud, ¡y no hablo de Marcel Proust!

En cuanto al dadaísmo, se ha dicho que era, ciertamente desde un determinado punto de vista, la finalidad extrema del simbolismo. Una tentativa para expresar directamente la sagrada bestia escondida en el fondo de nosotros, he aquí algo que proviene, en efecto, de los principios del simbolismo. Es necesario leer el curioso artículo aparecido en *Littérature* de Noviembre de 1922 bajo el título de *Entrée des médiums*; todo el esfuerzo, se dice allí, según parece, debe consistir en provocar este grito de lo inconsciente; en seguida, no queda sino estenografiarlo... El problema es saber si ésta es una cuestión de arte, o más bien de experiencias clínicas... ¡No obstante, no nos asustemos demasiado!

Un temperamento de artista de tanta originalidad como André Breton lo conducirá siempre, quiéralo o nó, no digamos a la literatura, digamos a la poesía.

* * *

¿Qué han llegado a ser, por otra parte, los últimos representantes, los sobrevivientes de la generación de 1886 y 1891?

Todos los que aun producen han evolucionado; ninguno se ha hecho prisionero de las fórmulas ni de la moda de su juventud.

Henri de Régnier, después de haber dado magníficos ejemplos del espíritu simbolista, ha evolucionado hacia una forma clásica.

Fontainas y Mockel se han desprendido de todo lo que había de efímero en el primer simbolismo y han alcanzado los acentos de la más pura belleza.

La misma purificación y el mismo progreso, en Robert de Souza.

En sus obras más recientes, Herold ha unido, en factura admirable, los aportes del Parnaso y del Simbolismo.

Algunos, como Maclair y Maeterlinck, parecen haber renunciado a la producción poética.

Nada conozco de la obra actual de Saint-Pol Roux. René Ghil, en *Les Dates et les Œvres*, ha señalado muy juiciosamente la evolución de Vielé-Griffin y la mía: Griffin ha caminado más y más hacia la vida, hacia la naturaleza, en el sentido de lo universal: yo me he esforzado por alcanzar lo que yo mismo denominé el realismo simbólico, es decir, una concepción del simbolismo cercana a la rectificación unanimita.

He recordado, hace un momento, que esta rectificación misma provenía de Claudel. Nos queda aún Paul Valéry. Que ha sido originado por el simbolismo, nadie lo duda; y no es difícil probar que, en lo esencial, ha quedado dentro de esta corriente.

Así, pues, es obra vana reprochar al simbolismo los errores y las exageraciones de los primeros días, de que han sabido libertarse sus mismos sobrevivientes, ahora que aparece la continuidad del simbolismo, despojada de la vieja escoria, en sus más recientes obras, como también aparece en las obras de los mejores poetas nuevos.

* * *

Hoy, todo el mundo, escribía no hace mucho Jacques Riviere, está de acuerdo en admitir que una verdad, es decir, una idea que está «en contacto con las cosas
• y que las reproduce, es inexpresable en poesía o sólo puede a través pasar
• de ella inficionándola de prosaísmo. La poesía tiende cada vez más a diferen-
• ciarse del juicio, y aun de la percepción; se abre más y más hacia este abismo
• que llevamos con nosotros, a la vez distinta del corazón, de los sentidos y los
• del espíritu, y se entrega con creciente docilidad a coger sus inciertos mur-
• mullos».

Jean Royère ha definido la poesía como «aquella que nos muestra las verdades extraídas, nó de lo abstracto, sino de las profundidades del alma y de la vida», y repudia el concepto, «que es como un cuadro vacío que nos aleja de lo real en vez de conducirnos a él». Hablando de las ideas, tales como se presentan en el hermitismo mallarmeano, dice, en el prefacio de *Quiétude*: «convertir estas ideas en simples conceptos, es no comprender, no sólo a Mallarmé, sino a la poesía misma».

Entre muchas críticas que coinciden en el mismo sentido, citaré un notable artículo de Jacques Poisson, titulado *Littérature moderne et psychanalyse* y aparecido en la *Vie des Lettres*, número XIV, en que demuestra que «los escritores jóvenes de nuestra época, al comprender la riqueza del plan a que los habían conducido sus grandes antecesores, Mallarmé, Rimbaud, Laforgue, han basado toda una estética en la sociación sin lógica aparente».

León Chesnoy, en el *Disque Vert*, parece deducir nuestra conclusión:

«Ciertamente, el simbolismo no ha cumplido por entero su misión».

La prueba:

«Subsistimos aún plenamente».

En testimonio de que los poetas jóvenes han sabido comprender a sus antecesores simbolistas, me complazco en citar este homenaje que les rendía uno de los más fina y profundamente dotados de entre ellos, Jean Cassou, en un artículo de *Monde Nouveau*:

«Esta maravillosa generaeión, escribía, hablando de los poetas de 1886, ¿no le ha restituído a la poesía, no ha vuelto a encontrarle su origen y dirección y su esencia? La ha purificado, ha rehecho con ella una cosa única que vive de su propia vida, que se nutre de sí misma, ardiente y desnuda; secreto que Baudelaire había aprendido en Edgar Poe, que Mallarmé había descubierto en los poetas ingleses, en los *Concerts Lamoureux* y en el silencio, que Verlaine había adquirido en el curso de experiencias harto humanas, que Rimbaud había recibido quién sabe de qué dios, y que la generación de Edouard Dujardin acepte de sus maestros, a los cuales es preciso agregar a Schopenhauer y a dios Ricardo Wagner, irradiante en su consagración?»

La viviente continuidad del simbolismo: he aquí el espectáculo que medio siglo de poesía presentará muy pronto a los veteranos de 1886, a poco que el cielo les acuerde algunos años antes de llamarlos a sí.

En todo caso, sea lo que fuere lo que ha de venir, puede afirmarse que, separando sus elementos secundarios, el simbolismo ha traído a la literatura una nueva concepción de la poesía, la concepción musical; ha sido, sin duda (no temo repetir mis expresiones), el más formidable acontecimiento en la historia de la poesía francesa, desde hace varios siglos, y es hoy más que ocasión alguna, una concepción viviente.

Es verdad que los enemigos están al otro lado de la barricada. ¿Los enemigos? Desde luego, aquéllos que ya no hacen bulto, los retrasados del romanticismo y del Parnaso, los constructores de «dramas en verso», Teatro Francés y Teatro Sarah Bernhardt.

En seguida,—y éstos ya son más temibles, pues muchos de entre ellos tienen bastante talento,—aquéllos para quienes la poesía es virtuosismo, diversión, malabarismo, placer de la dificultad vencida, decía Banville, juglaría a lo Toulet. Nada puede ser más odioso para quien no pudo ver jamás en la poesía sino la carne de su carne; así he imaginado yo un segundo ensayo que comenzaría, exactamente como éste, por una exposición de los principios del simbolismo, y enseguida llamaría a terreno a los acróbatas; se titularía: ¡Guerra a Toulet!

Por fin... Creo que podría escribirse un tercer ensayo que, partiendo aún de las mismas premisas, enfrentaría al arte de museo, al neo-clasicismo, y que podría titularse: ¡Guerra a Maréas!

Pero, sin duda, el tener enemigos no es menos necesario en literatura que en política.

ÉDOUARD DUJARDIN.

El problema sexual

ENSEÑANZAS PARA LOS JÓVENES

Conferencia dictada en el aula magna del Liceo de Aplicación, y dedicada por el autor a ATENEA.



MUCHO he meditado antes de abordar tan delicado problema: yo os debo respeto a vosotros y me lo debo a mí mismo. Pero ¿qué hacer? El problema de la vida sexual es de importancia superior, preocupa la atención de los jóvenes y de los viejos, de los maestros y de los gobiernos; ejerce sobre los sentimientos y el carácter una influencia preponderante. De su solución depende la felicidad o desgracia de la generación actual y de las futuras, el porvenir de la raza, de la patria, de la humanidad.

Cuando se halla sobre el tapete una cuestión de tales proporciones, callar obstinadamente, dejar a la juventud sin enseñanza, entregada a su propia suerte, sería la obra de un pudor mal entendido, sería un silencio culpable.

Leyendo una homilía de San Juan Crisóstomo, Padre de la Iglesia, encontré las siguientes palabras, que han sido para mí un poderoso estímulo en la tarea emprendida. Dice el Santo:

«Nosotros juzgamos absolutamente necesario dar a la juventud una enseñanza
• seria, advertencias precisas y una prudente dirección en lo que se refiere a las
• cosas sexuales, como son necesarias las enseñanzas y advertencias que se
• le hacen sobre otras cuestiones importantes e igualmente peligrosas, en que no
• es posible dejar a la juventud abandonada a sí misma y expuesta a los daños
• que la amenazan».

Y por si alguien de los que me escuchan sintiera brotar en su corazón el sentimiento del pudor, le anticiparía que *tal pudor es impudor*, y le dirigiría las palabras que el mismo San Juan Crisóstomo trae en otra de sus homilías. Comentando aquella frase de San Pablo, *Erunt duo in carne una*. Serán dos en una carne, habla el Santo Doctor con cierta libertad de las relaciones conyugales, y, notando que enrojecen algunos de los oyentes, les dice:

«Yo veo que algunos de vosotros enrojecen al escuchar mis palabras. ¿Y por qué?, ¿he hablado por ventura de cosas vergonzosas? No, ciertamente. Lo que he dicho es puro y santo. Que el matrimonio sea santo, que el lecho conyugal permanezca sin mancha: tal es la enseñanza de San Pablo. Si alguno se escandaliza, es porque no es casto».

* * *

Al abordar este problema, yo quiero colocarme en un terreno práctico.

Algunos de los que me escuchan rechazan como anticuada la moral cristiana; y si yo hablara en su nombre, mis palabras no llegarían a su conciencia, no alcanzarían, por tanto, su objetivo. Por eso, no me colocaré en el terreno de la moral cristiana.

Todos vosotros, ciertamente sin excepción, admitís los progresos y las ventajas de la civilización y estáis convencidos de que su existencia es cuestión de vida o muerte para la humanidad. Pues bien, descenderé a este terreno, y a la luz de la *moral civilizada*, estudiaré el problema sexual. Hablaré, pues, en nombre de principios que todos admitimos como útiles y dignos de respeto.

* * *

Yo no vengo a hablar a la imaginación, sino a la fría razón. No esperéis, pues, deleitar vuestros oídos con frases bien cortadas o atrayentes figuras literarias. Para fecundar la mente con la verdad, es siempre preferible un lenguaje sencillo, claro y al alcance de todos, parecido a la mansa lluvia de invierno que dulcemente penetra y esponja la tierra, más bien que el lenguaje estruendoso, de grandes períodos, retumbantes frases y brillantes imágenes, muy semejantes a los truenos y relámpagos que acompañan a las grandes tormentas, buenas únicamente para perjudicar y destruir.

Y sin más preámbulos, entremos en materia.

* * *

Siendo el hombre un ser social, que no vive aislado, cada una de sus palabras o acciones repercute en sus semejantes, ejerciendo una influencia útil o funesta. Es necesario, entonces, que, al obrar, él tome en cuenta a la colectividad y busque el equilibrio entre los dos sentimientos fundamentales, inherentes a su naturaleza, el *egoísmo* y el *altruismo*. La moral humana consiste precisamente en la armonía de estas dos tendencias.

En todo tiempo, cada pueblo ha tenido su moral, o sea, un conjunto de reglas destinadas a guiar la conducta de los hombres. Estas normas han variado según las épocas o las razas, pero, con el progreso de la civilización, ellas tienden a unificarse, y llegarán a formar un código, aceptado al menos por las razas superiores.

¿Cuál es esta moral única que se diseña en el horizonte, como resultado del trabajo secular de la civilización humana?

Yo diviso dos principios aceptados ya por todos los hombres. El primero se refiere a la conciencia individual; el segundo, a la conciencia colectiva.

Primer principio: *La moralidad del individuo, tomado aisladamente, consiste en obrar siempre, en todas partes, y a cualquier precio, obedeciendo a su conciencia, a sus íntimas convicciones.*

Es claro que una acción, *en sí misma*, puede ser indiferente, útil o nociva, y como tal, aprobada o reprobada por los demás; pero, el que realiza la acción es *moral* o *inmoral*, según haya obrado conforme o disconforme con sus propias convicciones.

Pero, hallándose la conciencia individual sujeta a aberraciones, necesita de un censor, de un corrector, para hacer posible la vida social. Tan importante oficio lo desempeña la *conciencia colectiva*.

Y aquí cabe enunciar el segundo principio moral, aceptado por todos los hombres civilizados.

Segundo principio: *La moralidad del individuo, considerado como miembro de la colectividad, consiste en obrar siempre, en todas partes, y a cualquier precio, consultando el mayor bien de su prójimo y de toda la colectividad.*

No defenderé la infalibilidad de la conciencia colectiva. Durante largos siglos, ella ha sancionado cosas abominables, como la antropofagia, los sacrificios humanos, la esclavitud; y para no recurrir a la historia, os presentaré la más funesta de las aberraciones de hoy: la aprobación del asesinato internacional de la guerra.

Deseo que estas dos normas, o sea, los principios de moralidad individual y colectiva nos sirvan como hilos conductores en el laberinto que estamos por afrontar. Ellos nos proporcionan un criterio seguro en materias sexuales, criterio que debe aceptar y practicar todo hombre civilizado.

* * *

Todo lo que vive, planta o animal, vive con la condición de nutrirse y reproducirse. Estas dos condiciones están íntimamente unidas. El individuo crece gracias a la nutrición, cuando ha alcanzado su completo desarrollo, el excedente de nutrición constituye pequeñas partículas que, abandonando su organismo, están destinadas a desarrollarse y a fecundar nuevos seres, asegurando así la perpetuidad de la especie.

Los animales superiores se reproducen por germen. El germen macho se funde con el de la hembra, y de esta fusión—*fecundación*—nace la primera molécula viviente que se desarrolla y da la vida a un individuo de la misma especie.

Este individuo, en los primeros años de su existencia, no ofrece muchos caracteres distintivos del sexo, teniendo los órganos de la generación en estado muy rudimentario. Cuando el animal ha alcanzado su desarrollo, estos órganos

se desarrollan a su vez, experimentando entonces el individuo la necesidad sexual.

Ahora bien, el hombre, en su juventud, o sea, antes de alcanzar su total desarrollo, se halla expuesto a un peligro del cual escapan los demás animales. De hecho, el animal joven no tiene idea alguna de la necesidad sexual: los animales adultos nada le enseñan; llega a su completo desarrollo sin saber que existe una necesidad sexual.

No sucede lo mismo con el hombre. Por desgracia, el lenguaje articulado se presta para fines indignos. El niño puede recibir, y recibe de hecho, lecciones funestas de un compañero más precoz o mayor que él, que le da a conocer antes de tiempo, no sólo los actos, sino también los vicios sexuales.

Los niños, que ni siquiera debían suponer estas cosas, se encuentran casi siempre al corriente de todo.

Por un fenómeno de *reciprocidad*, la parte moral obra sobre el físico y el físico sobre la moral.

La preocupación mental que se apodera del niño prematuramente instruido, obra sobre su parte física, hace afluir la sangre a los órganos de la generación, produciendo una madurez ficticia y el ficticio concepto de una necesidad que espontáneamente no se habría producido. La excitación de los órganos refuerza a su vez las ideas licenciosas: las imágenes obscenas asaltan el espíritu, preocupan la imaginación: de esto, al ejercicio prematuro de las funciones generadoras, no hay más que un paso.

Esta observación la consigna ya Rousseau en su «Emilio». Dice:

«Las enseñanzas de la Naturaleza son tardías y lentas; las de los hombres son casi siempre prematuras y aceleradas. En el primer caso, los *sentidos* despiertan a la *imaginación*; en el segundo, la *imaginación* es quien despierta a los *sentidos*, dándoles una actividad precoz, que enerva y debilita por de pronto a los individuos, y, a la larga, a la misma especie humana» (1). Y dejo a Rousseau.

Tales funciones realizadas antes de tiempo son fatales para el desarrollo del individuo, y producen la alteración de los mismos órganos, causando la ruina del poder generador.

El joven, entre nosotros, no alcanza su desarrollo completo antes de los veintidós años. Antes de llegar a esa edad, el joven no debe realizar ninguna función sexual, y si lo hace,—escuchadlo bien,—tendrá que lamentarlo con el tiempo.

La ruina ocasionada por el ejercicio prematuro de las funciones sexuales se produce más rápida y más profunda bajo la influencia de los vicios antinaturales.

* * *

Llegado el hombre a su madurez, se manifiesta en él la imperiosa necesidad sexual. ¿Qué hacer?

(1) «Emilio»; IV, pág. 366.

El animal se acerca a la primera hembra que encuentra: muchos hombres hacen lo mismo. Pero, si algunos se conducen como animales, esto no significa que su ejemplo sea digno de imitación.

El hombre civilizado se halla en la alternativa, o de satisfacer este deseo sexual como lo haría un animal cualquiera, o de refrenarse, por consideraciones que le dictan la razón y el sentimiento.

Por una parte, él reflexiona: «La Naturaleza ha puesto en mí tal deseo; yo lo puedo satisfacer. Todos hacen lo mismo: ¿por qué he de ser yo una excepción?»

Por otra parte, él piensa en las consecuencias que pueden seguirse de tal acto, piensa en la mujer que algún día será su compañera; piensa que la civilización humana no existiría si la conducta de los demás justificase siempre nuestra propia conducta.

• • •

Se dice y repite con majadería que la salud exige la satisfacción de los deseos sexuales. Profundo error. Los animales domésticos o prisioneros, a los cuales no se permite el acceso a sus congéneres del otro sexo, no sufren por esto daño alguno. Según los especialistas, tal privación, en muchos casos, es favorable para los individuos, como sucede en los perros de caza y en los caballos de carrera. Y descendiendo a nuestra especie, es demasiado sabido que a los campeones atléticos se les somete durante su entrenamiento a una completa abstinencia sexual.

Oigamos al respecto la opinión de algunos hombres de ciencia.

El doctor Gay dice: «La castidad antes del matrimonio y después, cuando es preciso, no solamente es posible, sino saludable desde todo punto de vista» (1).

El doctor Beale, profesor del Colegio Real de Londres, se expresa así: «Es absolutamente falsa y sin ningún fundamento científico la opinión de que los jóvenes que no pueden casarse pronto deban, por motivos de salud, buscar fuera del matrimonio lo que sólo es lícito dentro de él».

El doctor Forel, profesor de Psiquiatría de la Universidad de Zurich, escribe, refiriéndose a la abstinencia sexual: «La salud no sufre con ella lo más mínimo» (2).

«Los males de la incontinencia, dice Surbled, son por desgracia harto conocidos y por nadie negados: pero los que dicen que produce la continencia son supuestos, imaginarios» (3).

Los especialistas en enfermedades venéreas, reunidos en Bruselas en Septiembre de 1902, firmaron la siguiente declaración: «Es necesario, por sobre todas las cosas, enseñar a los jóvenes que la continencia y la castidad no sola-

(1) De la Pureté Rationelle, pág. 15.

(2) La cuestión sexual, pág. 83.

(3) La morale dans ses rapports avec la médecine et l'hygiène, I, 50.

mente no son perjudiciales, sino que deben ser especialmente recomendadas desde el punto de vista medicinal e higiénico. Ciento cincuenta eminencias científicas pusieron su firma al pie de tal declaración, presentada por Neisser.

Los miembros de la Facultad de Medicina de Cristianía, por unanimidad, afirmaron lo siguiente: «Ninguno de nosotros conoce una enfermedad o un síntoma de debilidad que podamos atribuir al hecho de llevar una vida moral y continente». (Cit. p. E. Ernest, pág. 23).

En la *Advertencia a los estudiantes*, circular firmada por los profesores de higiene de veinte universidades alemanas, se lee: «La experiencia de muchos siglos demuestra que la abstención o limitación de las relaciones sexuales no se oponen al desarrollo corporal o intelectual de la juventud».

Y antes de abandonar el terreno de las autoridades médicas mundiales, quiero reproducir la opinión de dos médicos nuestros, los doctores Sierra y Moore, profesores de la Escuela de Medicina.

Dice el primero: «Todo joven debería estar absolutamente persuadido de que la castidad, aun prolongada por muy largos años, es perfectamente compatible con la más perfecta salud» (1).

El doctor Moore, refiriéndose a un folleto sobre la continencia, escribe: «He tratado este delicado asunto, llegando a las mismas conclusiones que aceptan hoy todos los hombres dedicados a la cuestión sexual: que los solteros no necesitan de la vida sexual; que la continencia vigoriza, eleva los sentimientos morales y aleja en absoluto al hombre de peligros psíquicos, corporales y económicos... El hombre debe llegar casto a formar una nueva familia».

En una conferencia que dictó el mismo doctor en la Universidad de Concepción el 9 de Junio de 1923, dijo textualmente: «La ciencia ha probado que la continencia no enferma a nadie, y que iguales abstenciones deben tener los jóvenes, como las que exigen de las niñas antes del matrimonio» (2).

La declaración de principios de la *Liga chilena de higiene social* contiene la misma doctrina: «Todos pueden y deben ser castos, y no tener relaciones sexuales fuera del matrimonio».

La afirmación, pues, de que la salud exige el sacrificio de la castidad es tan sólo un pretexto para burlar el mandato que nos impone la sujeción del cuerpo a las leyes del espíritu. Y, por desgracia, no faltan médicos ignorantes que se hacen cómplices de tales pretextos. Cuando un joven le dice: «Me duele la cabeza, siento palpitaciones, no concilio el sueño», ellos no se preocupan de averiguar si el doliente bebe demasiado alcohol, té, café u otras bebidas excitantes; si fuma demasiado o lleva una vida sedentaria y antihigiénica, sino que le dan el consejo protocolar: «Usted necesita mujer».

A tales médicos convendría recordarles lo que ha escrito el doctor Ziemann de Londres: «El médico que aconseja la vida sexual ilegítima comete un infame delito; podría aconsejar también el robo y el asesinato».

(1) La salud nacional.

(2) Atenea, Junio de 1924.

No creáis a esos galenos, jóvenes que me escucháis: la continencia es posible. No digo que sea fácil; muchas veces es penosa, lo que depende principalmente de la constitución individual, de las circunstancias exteriores y del régimen de vida. En general, comemos demasiado, bebemos muchas sustancias excitantes, despreciamos las preocupaciones serias y nos dedicamos poco a los ejercicios físicos. «La continencia difícil, dice Fonsegrives, es la de los ociosos y glotones».

Nos es difícil también la castidad del cuerpo porque no poseemos la castidad del espíritu.

* * *

Sigamos al joven que ha recibido tan torpes consejos de un médico.

Supongamos que él sienta horror por las mujeres públicas, como no puede menos de experimentarlo cualquier espíritu medianamente bien puesto. ¿Qué haría? Procurará tener relaciones con una muchacha honesta y la seducirá. Una joven, querida de un hombre, está perdida para la sociedad. Pero hay algo más: esa muchacha va a ser madre.

Y el hombre de corazón ¿no deberá pensar en esa infeliz, arrojada probablemente de su hogar, quizás huésped de un hospital, quizás suicida, y no pocas veces asesina de su propio hijo? ¿Y después?; la cárcel si es sorprendida en su delito; la prostitución, si logra escapar de la justicia. Y si el hijo, si vuestro hijo vive ¿qué suerte correrá, sin padre, sin educación, sin alimentos, sin hogar?

El doctor Förster, profesor de Pedagogía de la Universidad de Zurich, refiere el caso de Ana Jurke, mujer de mala vida, cuya descendencia fué formada principalmente por mendigos y prostitutas.

Por cada seducción, por cada unión ilegítima, se corre el riesgo de arruinar a dos seres humanos por lo menos. Y esto ¿no dice nada a vuestra conciencia de jóvenes honrados?

Pero, no solamente hay dos desgraciados. La paz de vuestro futuro hogar se encuentra amenazada. Quizás la mujer por vosotros seducida se presentará a vuestra joven esposa, para decirle, mostrando a una tierna creatura: «He aquí al hijo de vuestro marido».

Quiero suponerlos convencidos de la indignidad de seducir a una mujer.

«Sí, diréis, esto es cruel, es injusto; satisfaceré mis apetitos en una mujer pública».

Pero, dejadme preguntaros: ¿qué es una mujer pública? Es una seducida de ayer. Os hacéis, por lo tanto, cómplices del primer seductor, aprovecháis su delito y empujáis más al abismo a la víctima de su traición.

* * *

Los que son insensibles a estas consideraciones morales y afectivas, deben pensar en las enfermedades venéreas a que se exponen con el trato sexual ilegítimo.

Todos conocen algo de estas enfermedades; pero son pocos los que tienen de su gravedad un concepto aproximado. Debo anticipar que toda precaución es inútil, o, por lo menos, insuficiente, para evitar los peligros del trato sexual ilegítimo. En Chile, más que en Europa, son ilusorias las garantías de inmunidad.

Oí a un médico inglés, refiriéndose a los servicios profilácticos de su país: «No existe ninguna garantía de inmunidad para el que se exponga al contagio, creyendo que ciertos sitios no ofrecen peligro porque son inspeccionados. Entre nosotros, esos servicios sanitarios del ramo son de todo punto deficientes: a mi juicio, contraproducentes, porque tienden a inspirar confianza a tantos que se imaginan que bastan para evitar todo peligro».

Abraham Flexner, en su libro *La prostitución en Europa*, trae el siguiente dato: Sobre 1,177 mujeres con enfermedades venéreas, todas de mala vida, sometidas a curación en el hospital municipal de Zurich, sólo el 8% confesaron su oficio de mujeres públicas, el 7% declararon no tener ocupación; todas las otras, o sea, el 85% tenían empleos remunerativos.

En 1896, en Berlín, por cada mujer matriculada como prostituta, había 12 que ejercían el oficio clandestinamente, escapando a toda vigilancia sanitaria.

No quiero haceros reír con la pretensión de comparar nuestro estado sanitario y reglamentos municipales con los países o ciudades europeas.

En Santiago, se puede afirmar con seguridad, en cada trato sexual ilegítimo, hay un 95% de probabilidades de tomar el contagio.

* * *

Dos enfermedades, de las llamadas sociales, preocuparán levemente nuestra atención: la *gonorrea* y la *sífilis*.

Aunque la gonorrea no es una enfermedad *constitucional*, propiamente dicha, y permanezca local, salvo algunos casos en que se trasmite a otros órganos, no obstante, ella ocasiona *al individuo, a su mujer y a sus hijos* males bajo cierto aspecto tan fatales como los de las sífilis.

1.º En el individuo, el microbio de la gonorrea (gonococo) no se destruye fácilmente. Muchas veces desaparece la faz aguda de la enfermedad, pero ella persiste en estado crónico, y algunas veces, incurable. Se producen con frecuencia graves inflamaciones, origen de tenaces sufrimientos, que hacen necesaria la intervención quirúrgica, no siempre coronada por el éxito. El gonococo suele difundirse en todos los órganos genitales, produciendo trastornos en el sistema nervioso y terminando casi siempre con la esterilidad de los individuos afectados.

2.º Haciendo abstracción de la infección blenorragica, inmediata y de la faz aguda de la enfermedad, muchas mujeres honestas son infestadas *poco a poco* por un marido blenorragico crónico. El virus en este caso se presenta en forma ligera, pero crónica. Como en el hombre, el microbio abarca en la mujer todos los órganos sexuales, llegando en muchos casos a producir peritonitis y concluyendo con la esterilidad.

3.º Durante el parto, el recién nacido está expuesto a contraer la enferme-

dad de la madre, hallándose en peligro cierto de sufrir la infección de los ojos. Basta recordar que la mayor parte de las oftalmias infantiles y los casos de ceguera son de origen venéreo.

Tales son las consecuencias de la gonorrea, la más benigna de las enfermedades venéreas.

La sífilis es más grave y mucho más contagiosa. Ella puede comunicarse por cualquier contacto con el objeto infestado. Basta un beso, un apretón de manos, beber en una copa que haya usado un sifilítico, para tomar el contagio. Se conocen casos de individuos que se han contagiado por medio de la nariz, por haberse sonado después de estrechar la mano a un sifilítico (1).

«El sifilítico, dice Blanc y Benet, no sólo es peligroso por directo contagio, sino porque contamina cuanto está a su alcance y sirve para su uso: sus cucharas, vasos, boquillas, pipas, objetos de tocador; los lápices, plumas, instrumentos músicos, sopletes; hasta sus ropas son medios comunes de propagación».

¿Y cómo, me preguntaréis, las autoridades sanitarias, que obligan a los médicos a denunciar cualquier enfermedad contagiosa, dejan circular libremente a los que difunden esta enfermedad *incurable y hereditaria*.

Os responderé brevemente. Es uno de los numerosos ejemplos de la protección del vicio por medio del hombre.

Se comprende que los inocentes, infestado por el contagio de los culpables, llegan a ser a su vez centros de infección que ponen en peligro a cuantos los rodean.

El profesor Gebert presentó el siguiente caso en la sesión del 12 de Febrero de 1896, en la Sociedad de Medicina de Berlín:

Una mujer, madre de seis robustos hijos, fué reconocida como enferma de sífilis. Su esposo no tenía el mal; ella era honrada. ¿De dónde provenía esa sífilis? Por caridad, la pobre mujer había ofrecido el pecho al hijo de una vecina, tierna criatura que había contraído la enfermedad por el contacto con su hermana, novia de un muchacho sifilítico que le había dado un beso. A más de la mujer en cuestión, fué infestado también otro recién nacido, por el uso del biberón de la criatura enferma.

Y todo por el beso de un novio.

La sífilis, lo he afirmado anteriormente, es *incurable en muchos casos*.

Con frecuencia desaparece y cicatriza el lugar primario de la infección. Pueden también desaparecer los accidentes secundarios, como los bubones, placas mucosas u otras erupciones. Pero, tarde o temprano, se revelan los accidentes terciarios, comienzan a manifestarse poco a poco los accidentes cuaternarios que pueden herir cualquier órgano, pero que escogen de preferencia el cerebro o la médula espinal.

El que ha sufrido, pues, una infección a los veinte años, experimenta sus consecuencias a los cuarenta y a los sesenta años, pasando por las diversas etapas

(1) Semaine Medicale, 1898.

de tan tremenda enfermedad, que lo acompaña hasta el sepulcro, cumpliéndose así en él las palabras de Job:

«Sus huesos se llenarán de los vicios de su juventud y con él dormirán en el polvo» (XXI, v. 11).

Pero aun no abordamos el aspecto más temible de la sífilis: ella es *Hereditaria*. Basta que uno de los padres sea sifilítico, para que los hijos también lo sean, en la generalidad de los casos.

Hay hombres que cometen el delito de casarse, hallándose enfermos, y hay otros, más infames todavía, que se infestan después del matrimonio.

Es necesario recordar que la herencia tiene un doble origen y que puede predominar en el hijo el factor paterno o materno. Por esto, el hijo de un sifilítico no es siempre sifilítico.

Cuando ha recibido el terrible virus el individuo muere en el seno de la madre, o nace prematuramente, o muere al nacer. Si sobrevive, tarde o temprano aparece la enfermedad.

¿Calculáis vosotros la angustia de ese hijo inocente cuando se da cuenta de que su vida sobre la tierra será un martirio, y esto, debido a la maldad de su padre?

El doctor Regis publicó hace años un trabajo sobre la parálisis infantil, en el que demuestra que casi todos los casos de esta enfermedad son originados por la sífilis hereditaria.

«La sífilis, dice el doctor Gay, mata a los niños antes del nacimiento, ya que predispone extraordinariamente al aborto. Mata a los niños después del nacimiento en una proporción colosal (80%, como término medio). Y los niños que sobreviven son seres decaídos, idiotas y raquíticos, que transmiten más tarde a sus hijos las taras que ellos mismos recibieron» (1).

Volvamos al contagio.

Si la madre logra escapar al contagio de su marido, infaliblemente se infestará al alimentar a su hijo.

Suponed que pechos mercenarios sustentan al recién nacido; suponed que jóvenes madres, ignorantes del peligro, prestan su pecho al hijo ajeno, para obtener una miserable retribución; ahí tenéis nuevas víctimas que, a su vez, contagiarán a sus hogares inocentes. Y sus hijos, al ir a la escuela, infestarán a sus compañeros, pudiendo alcanzar el contagio a una población entera.

Chile tendría ya muchos millones de habitantes si la sífilis no esterilizara los hogares ni asesinara a los niños.

• • •

Tales son las consecuencias materiales del trato sexual ilegítimo: ¿qué deciros de sus efectos intelectuales y morales?

Jóvenes estudiantes, os recordaré solamente que la luz de la inteligencia

(1) De la *Purété Rationelle*, pág. 39.

palidece, que el fuego de los nobles amores se extingue y que todas las aspiraciones e ideales sucumben al empuje de la pasión sexual, que todo lo reclama para sí, que todo lo arranca, que todo lo devora.

* * *

Yo querría, señores, ya que os he presentado algunas desastrosas consecuencias del trato sexual ilegítimo, ofreceros también sus remedios; pero la hora no nos permite seguir adelante en la tarea. Pueda ser que el cielo nos depare otra oportunidad para hacerlo.

Deberé, pues, terminar, aplicando los dos principios morales de que os hablé momentos atrás, al problema sexual que hemos venido resolviendo:

1.º El modo de obrar de un individuo, como tal, no es moral si no es conforme a las convicciones íntimas, relativas al bien y al mal.

Vosotros, señores, en el fondo de vuestro corazón, desaprobáis, ciertamente, la licencia sexual de los hombres, y aplaudís sin reservas al que sabe sobreponerse a las inclinaciones materiales. Obrad, entonces, de acuerdo con ese pensamiento interior, si queréis ser morales.

2.º El modo de obrar de un individuo, como miembro de la sociedad, sólo es moral cuando está conforme con el mayor bien de todos y de cada uno.

La prostitución masculina causa a la mujer, a la familia, a la patria, a la humanidad, perjuicios cuya extensión y gravedad son incalculables. Si vosotros os entregáis al trato sexual ilegítimo, traicionáis este segundo principio moral que admite todo hombre civilizado, os colocáis en pugna con vuestra conciencia de miembros sociales, os hacéis acreedores al título de viles e inmorales.

* * *

Dios y la patria, la salud del cuerpo y el vigor del espíritu, la justicia y la caballerosidad, os imponen estos dos preceptos que resumen la moral sexual y que vosotros jamás debéis olvidar:

1.º *Respetad la mujer, la hermana y la hija de otro, como queréis que se respeten las vuestras.*

2.º *Sed castos para que seáis fuertes, y con el tiempo tengáis hijos vigorosos de alma y cuerpo, consuelo y sostén de vosotros y ejemplares selectos de la especie.*

He dicho.

ALEJANDRO VICUÑA.

Poemas en prosa

En inglés son raros los poemas en prosa. Y este mismo Trieria no es, como de ordinario, la poetización idealizada de ciertos aspectos trascendentales del espíritu humano, el ensueño velado de los orientales; es la vida cotidiana, las calles y las plazas, las callejuelas de los barrios. La vida de un hombre que habita una capital: estos pensamientos que afluyen sólo en contacto con la muchedumbre preocupada de las grandes calles modernas.

En este sentido, observa Valéry Larbaud, Logan Pearsall Smith, recuerda a Walt Whitman y a toda la poesía que de él proviene; pero se ha diferenciado en tal forma que sus representantes actuales no parecen tener nada común con el poeta americano.

Lo curioso es que el autor de estos poemas, más que escritos en prosa, musitados a media voz, en secreto, como dice el autor, no es un joven, sino un erudito, miembro de una sociedad de filólogos, cuya tarea es la de defender la lengua inglesa contra las negligencias de la prensa y contra los peligros que implica la dispersión de los pueblos que hablan inglés. Estos poemas son, pues, la obra de un erudito especializado, de un sabio filólogo; sin embargo, en todos sus trabajos, el poeta está por encima del erudito y del gramático. Mejor es asegurar, como dice Valéry Larbaud, que estos estudios filológicos y estas ediciones sabiamente anotadas de códices arcaicos, tiene por autor un poeta.

M. L.

LAS DILIGENTES ABEJAS



INDOLENTEMENTE sentado, durante horas, a la sombra de un manzano, cerca de las colmenas del jardín y bajo las avenidas aéreas de estos mercaderes de miel, cuando el ardor de los mediodías resuena con el ruido de su trabajo incansable y que, en un rayo de sol retardado, desciende la muchedumbre

hacia su labor nocturna, muchas veces he preguntado sus secretos a las abejas y he tratado de contraponer a mi pereza su eterna lección de actividad.

Y, sin embargo, por todos los diablos, ¿quién merece en justicia el calificativo de maestro o de discípulo? Acaso no hay, para estos insectos displicentes, utilitarios y recargados de trabajo, una lección en mi persona? Al mirarme, con sus miles de ojos, desde sus usinas sin alegría, ¿no podrían aprender algo nuevo y no podría yo mostrarles una manera más sabia y generosa de emplear las claras horas?

YO NO SOY PESIMISTA

Sin embargo, yo no soy pesimista ni misántropo, ni gruñón; yo lo soporto todo: el peso de los negocios públicos, la inmensidad del espacio, la brevedad de la vida y el pensamiento de la tumba implacable; en todo eso consiento sin impacientarme y acepto la suerte común. Y si de tiempo en tiempo, durante un segundo, la prueba me parece excesiva: si tengo los pies mojados y debo esperar mucho tiempo mi comida; si mi alma en uno de esos menguantes de luna exclama en francés: *C'est fini!* yo respondo cada vez en italiano: «*Pazienza!... abbia la santa pazienza!*»

MICROBIOS

¿Cómo librarse de estos microbios mentales que roen el cerebro, de estas teorías, de estas reglas, de estos entusiasmos, infecciones doctrinales siempre dispuestas a invadirnos aun con los contactos en apariencias más inocentes?

Las gentes pasean, atiborradas de gérmenes; os lanzan al rostro convicciones y creencias cada vez que abren la boca. Libros y diarios rebozan de ellas sencillamente y las revistas mensuales no parecen haber nacido para otra cosa. ¿Dónde encontrará, entonces, el joven con qué purificar su camino? ¿Cómo podrá inmunizar su espíritu contra las especulaciones teosóficas y los nuevos ideales de salud moral? ¿Está seguro de no caer de una fiebre de reformas o arrojado al lecho por alguna nueva teoría de los sexos?

Y después de todo, ¿vale la pena luchar para guardar sano su espíritu en un mundo comido por los gusanos? ¿No hay ensueños so-

poríferos y delicias suaves más apaciguadoras que la razón? Si la trasmigración puede arrojar una luz sobre el sombrío problema del mal; si Mrs. Mary Baker Eddy puede sustraernos al imperio de la muerte; si la convicción de que Bacón ha escrito Shakespeare nos da una paz que el mundo no puede dar, ¿para qué arrojar pedantescamente alivios tan dulces? ¿Por qué no dejarnos llevar al amor de apacible corriente, deslizarnos con nosotros y revolcarnos con ellos en verdes pastizales?

ENSUEÑO

Más de una vez, me he complacido en la idea de que en alguna parte habrá gentes de buena voluntad que gustarán de este pequeño libro, de estos pensamientos, si puedo designarlos así, impregnados de esta fantasmagoría o de esta fosforescencia que, por algún proceso inexplicable de combustión, tiembla alrededor de la masa de blanda sustancia gris encerrada en la caja de mi cráneo.

EN LA CALLE

Esos choques de miradas en la calle, esos movimientos furtivos de atracción amorosa que preguntan al pasar: eres mi nuevo amante?

Algún día, en Park Lane o en Oxford Street, quizás, ¿encontraré el rostro desconocido que temo, y que busco, sin embargo?

LAS ESTRELLAS

Debatiéndome en una noche sombría contra el viento y la lluvia para volver a mi casa, una ráfaga repentina y más violenta que las otras me obligó a refugiarme detrás de un árbol. Pero pronto el occidente se desgarró y el cielo hizo llover, por entre las nubes dispersas, la luz de las estrellas.

Quedé estupefacto de su esplendor y de la dulce claridad con que llenaban la noche. Me puse en camino, acompañado por ellas: Sirio me seguía; perdido un momento en un árbol frondoso, no aparecía sino por reflejos; pero emergió, de súbito, triunfante y dueño del cielo occidental. Del camino en que marchaba, mi pensamiento me elevaba hacia las

constelaciones. Era uno de los príncipes del universo estrellado; en mí se agitaba algo que no era insignificante, ni mediocre, ni de menor importancia.

LA LUNA LLENA

Una noche, de pronto, muy cerca, entre los árboles, vimos la ancha, amorosa e indecente faz de la luna llena.

Esta ostentación me hizo enrojecer, y darme cuenta de que no tenía derecho para estar ahí. «Después de tantos millones de años, ella debería siquiera tener vergüenza», exclamé.

LOGAN PEARSTALL SMITH.

Motivos



A Iglesia de Notre Dame: Cinco siglos, seis siglos, ocho siglos! He aquí el alma de un pueblo, desafiadora, eterna, tallada en piedra. He aquí el deslumbramiento de la masa y el milagro del detalle. He aquí una Francia de cogollo firme y de severo gesto que aparentemente ya no existe, porque la alegría loca de su bulevar la oculta. He aquí Notre Dame ante la cual han desfilado millones de hombres y mujeres de todos los rincones del mundo en presencia del eterno milagro. Yo, ante los siglos, ante la majestad de la piedra y del arte medioeval, quiero acordarme de Verlaine y de su Edad Media enorme y delicada, y sin embargo mi dinamismo americano, mi vertiginoso modernismo yanqui me hace exclamar en presencia de esta colosal construcción. Muerta, Muerta, Muerta.

* * *

He llegado a Francia y noto con estupefacción que los hombre todavía hablan. Se me había dicho que hay aquí una cultura media superior y sin embargo, creo que los franceses hablan más que todos los hombres del mundo. ¡Oh, el martirio estupendo de oír por siempre las mismas palabras a propósito de los mismos hechos! Los gobiernos deberían dictar leyes especiales prohibiendo el hablar, excepto para satisfacer nuestras necesidades esenciales. La educación contemporánea afirma que uno de sus fines más importantes es educar loros imbéciles que hablen bien. Dentro de poco el Brasil será el país más culto del Universo.

* * *

He aquí un edificio construido en el siglo 12; he aquí uno de Luis XIII, uno de Napoleón. Edificios recios y eternos que contemplan indiferentemente a esta caterva de imbéciles turistas que se detienen ante ellos y sonríen a sus ventanas, abren la boca a sus relieves, y palpan ávidamente la piedra de los muros como si quisieran dejar eternizadas sus impresiones digitales. ¿Dónde están los propietarios? ¿Dónde el hombre que dijo: «esto es mío, esto *yo lo poseo*»? ¿Dónde el hijo, el nieto, el biznieto de este hombre? Y los edificios siguen imperturbables y firmes viendo pasar generaciones de hombres egoístas que quieren poseer poseer, y que se van en un momento, desnudos, sin poder llevar estos bloques enormes que ahora, los turistas ingleses pueden ver por un franco.

A. TORRES RIOSECO.

París, 1924.

Roberto Meza Fuentes

Baladas

EL AMOR IMPOSIBLE



ON tu alma ingrávada y huraña
No nos podremos encontrar:
Mientras contemplo la montaña,
Cantas, orillas de la mar,
Con tu alma ingrávada y huraña.

No nos podremos encontrar
Y será inútil toda espera:
Con lágrimas he de regar
El lirio azul de mis ojeraz:
No nos podremos encontrar.

Mientras contemplo la montaña,
Como un ala vuela tu vida:
Te doy la paz de mi cabaña
Y mi pasión enternecida,
Mientras contemplo la montaña.

Cantas, orillas de la mar,
Y es una fiesta tu canción:
Nunca mi voz te ha de alcanzar:
Mientras te rezo mi oración,
Cantas, orillas de la mar.

EL BESO EN LOS OJOS

Dormida, te llevo en los brazos
Como una guirnalda de amor:
Te besa el rocío del alba
Y una estrella te da su canción
En la caña que lleva a los labios,
Cantando, a la tarde, el pastor.
Te envuelve en su túnica de oro
Y te viste de júbilo el sol
Y hay un vuelo de pájaros tiernos
Que, trinando, palpita en tu voz.
Cristalino remanso dormido
Es tu fuente de antiguo fervor
Donde cantan y vibran y sueñan
El árbol, la estrella y la flor.

En los brazos te llevo dormida
Y es igual el placer y el dolor:
Si te beso en los párpados suaves
Cada cosa es como un corazón
Que palpita conmigo, velando
Tu ensueño de estrella y de flor.

Te llevo en los brazos cantando
Con el río y la voz del pastor,
Una hoja se asoma al remanso
Y le da su mensaje de amor:
Te lleno los ojos de besos
Y se llena de estrellas mi voz.

LA NIÑA QUE FUÉ A VER EL MAR

En tus ojos se aduerme sereno
El ensueño azulado del mar,
La luna te envuelve en su manto
Y un aire divino te da;

Una estrella de plata hace el agua
En la fuente que nos vió pasar:
Mientras solo recorro la senda,
Tú cantas, camino del mar,

Recuerdo tu sueño en mis brazos,
Tu lánguido y puro mirar
Y sueño en un canto de cuna
Y sueño en la paz del hogar
Y me arrullas, cantando, cantando,
Cantando, camino del mar.

Una almohada me ofrece el silencio
Bajo el árbol de la soledad;
Un beso me canta en los labios;
Me dice: Mañana vendrá:
En sus lánguidos ojos serenos
Te trae la luna y el mar.

La estrella de plata en la fuente
Esperando, da un claro cantar;
El arco dorado del árbol
De nuevo quisiera brotar:
Mañana llegará la niña
Que trae en los ojos el mar:
El camino, la fuente y el árbol
Y su amigo la van a esperar.

A la sombra del árbol iremos
Con franca y sencilla amistad:
En la flor de tus ojos, mis labios
Un refugio a buscar volverán:
En tus ojos dormidos, que traen
El ensueño azulado del mar.

Bilitis



ILITIS, mentira de Bilitis, mentira.

Bella mentira griega: ninfa, mujer y ave.

Carne de amor, y como de amor, suave...

¡Toda rosa de amor que danza y que suspira!

Bilitis, infantina desnuda entre sus velos,
Inocente como una paloma enamorada.
Otra mirada azul encuentra su mirada,
Y se queja de amor y se queja de celos.

No se fijó en el aire fiero, ni en dura lanza,
Ni en el pecho de hierro, ni en los cortos cabellos.
Los amó desflecados, ondulantes y bellos,
Y se anudó con ellos su soberbia esperanza.

Amó el quejido leve y la piel suave y fina,
Las carnes de oro y rosa, los labios encendidos.
Quiso la boca dulce y la mano ambarina
Y la buscó en los hondos crepúsculos dormidos.

Gustadora dilecta, no quiso la esperanza,
—Y prefirió la boca que canta, besa y reza...—
Gozó de los deleites más sutiles y fuertes,
Y, virgen, conservó intacta su belleza
Para donarla pura al seno de la muerte.

Bilitis, catadora de los raros placeres,
De los deliquios raros, mujer casta y ardiente,
El amor para ti fué en labios de mujeres
Un fuego fatuo, pero todo resplandeciente.

Bilitis, que gustaste de la blandura suma,
De la suma belleza en las cien actitudes,
Dáme de tus placeres blancos como la espuma
Y enséñame la gracia roja de tus virtudes.

MARÍA MONVEL.

Hombres, Ideas y Libros

Waldo Frank

Mensaje de Waldo Frank a los escritores mexicanos

Frank, el joven escritor norteamericano, es considerado hoy, en España y en Hispanoamérica, como lo más representativo en ese grupo selecto de pensadores que en los Estados Unidos trata de formar un nuevo criterio para orientar las relaciones internacionales de las repúblicas americanas.

Our America, Rahab, City Black, Holiday y Salvos son las obras de Frank, ya bastante conocidas en Europa y en América, y que le han dado reputación de ser uno de los espíritus más modernamente inspirados de la literatura anglosajona.

El mensaje de Frank que insertamos a continuación fué publicado por el «Repertorio Americano».

Madrid, 16 de Abril de 1924.

Señor don ALFONSO REYES, Legación de México.—Madrid.

Mi estimado amigo:



MAÑANA saldrá usted de Madrid con rumbo a América: ¿me permite que con usted, persona tan preeminentemente indicada para la empresa, mande a sus compatriotas de México, y de hecho a todos los intelectuales de la América latina, el mensaje de un compañero de los Estados Unidos?

Mi mensaje es muy sencillo: que debemos ser amigos. No amigos de la ceremoniosa clase oficial, sino amigos en ideas, amigos en actos, amigos en una inteligencia común y creadora. Estamos comprometidos a llevar a cabo una solemne y magnífica empresa. Tenemos el mismo ideal: justificar América, creando en América una cultura espiritual. Y tenemos el mismo enemigo: el materialismo, el imperialismo, el estéril pragmatismo del mundo moderno.

Las fuerzas de explotación y de muerte espiritual están unidas en todo el mundo. Si las fuerzas de la vida creadora tienen que prevalecer contra ellas, también deben unirse. Este es el cruento problema de nuestros siglos; y es un problema tan antiguo como la historia. Pero en tanto que en los tiempos pasados el teatro de la lucha ha estado en Asia, en África, en Europa, en el siglo que viene ese centro se moverá y quedará en América. Nosotros, en América, debemos apoderarnos de las vastas energías de nuestro nuevo mundo, para la causa de la verdad; no sólo para que América se convierta en algo mejor que un hijo bastardo de antiguas civilizaciones; sino para que, verdaderamente, todo el mundo occidental no se hunda en el caos y la desesperación; porque la energía que da origen a la luz espiritual, está moribunda en las tierras de la Europa occidental. En los siglos futuros esa luz nos vendrá a través de los mares, de Inglaterra, Francia, Italia y España, o absolutamente no nos vendrá.

Hablo a usted como hijo de un país donde el mal moderno es peligrosamente fuerte. Ese mal ha desarrollado una gran técnica y una filosofía por cuyo medio todos los valores humanos, y aún los valores religiosos, se consideran como recursos de explotación material; pero aunque la enfermedad es fuerte en los Estados Unidos, también nuestra resistencia es fuerte y se robustece año tras año.

El conjunto de esta resistencia es una minoría; y en su nombre ocurrió a usted que representa igualmente minorías creadoras en otras tierras americanas. Usted ve con desaliento la marcha de nuestro imperialismo industrial; también nosotros. Usted teme la persuasión de su prestigio y éxito sobre las masas incultas de su tierra; también nosotros. Usted hace votos porque la rica promesa cultural de los Estados Americanos no desaparezca hollada por la ciega marcha de una máquina niveladora; también estos son nuestros votos. Tenemos el mismo enemigo, porque tenemos el mismo ideal, y la mayor parte de este ideal es la santidad de la variedad cultural; es el deseo de que las Américas sean grandes, no con una uniformidad muerta, sino en ricas expresiones de fértil cultura.

Nosotros, la minoría de los Estados Unidos, que se dedica a la tarea de dotar nuestro país de un espíritu digno de su magnífico cuerpo, sentimos que somos la verdadera tradición americana, y que los bandoleros son los actuales directores políticos de nuestra tierra. No puedo entrar aquí en la explicación de las causas de nuestro aparente eclipse espiritual. Los cambios de población y el dominio de nuestra rápida expansión nacional, así como algunos otros acontecimientos inmediatos, como la Guerra Civil y la apertura del Oeste, lo explican suficientemente. Pero después de una aparente solución de continuidad, la verdadera tradición idealista y religiosa de los Estados Unidos, continúa. En una generación más sencilla, Whitman, Thoreau, Emerson, Lincoln, representaron esa tradición; en un medio mucho más complejo y difícil de manejar, nuestra generación toma la Palabra una vez más.

Todavía estamos diseminados en pequeños grupos en mil ciudades; todavía

tenemos a diferencia de ustedes, poca influencia en asuntos políticos y de autoridad; pero estamos creciendo enormemente; estamos apoderándonos de la juventud del país; disponemos del poder de persuasión de la fe religiosa; tenemos la energía del afecto, tenemos la permanencia de la verdad; disponemos, por decirlo así, del futuro.

Tenemos nuestras miradas fijas en ustedes. Yo, como americano de esta generación y como portador de la verdadera tradición americana, los saludo y pido su cooperación y su amistad. Podemos ayudarnos mutuamente, como compañeros en una aventura común. Podemos animarlos, enseñarnos mutuamente. Iluminándonos y nutriéndonos mentalmente en nuestros distintos problemas. Podemos crear hoy en una unión intelectual de americanos, del Norte y del Sur, un prototipo de la unión espiritual en que vivirán mañana, íntegra e individualmente fuertes, todos los pueblos americanos.

Para lograr este fin, debemos principiar. Los mejores libros de ustedes deben naturalizarse en los Estados Unidos por medio de traducciones. Sus pintores y músicos nos deben ser conocidos. Nosotros, en los Estados Unidos, debemos convivir en una atmósfera de reconocimiento espiritual y de cambio cultural con ustedes, que son nuestros hermanos. Y a la inversa, ustedes deben venir a nosotros para que sepan por nuestros escritores y pensadores, que Whitman, Thoreau, y Lincoln tienen hoy sus sucesores en lo que es la tradición verdadera y religiosa de los Estados Unidos, como la de todos los pueblos americanos.

Muy cordialmente de usted,

WALDO FRANK.

E. M.

Eugenio Orrego Vicuña.—El espíritu
constitucional de la Administración O'Higgins

Santiago de Chile; Imprenta Cervantes; 1924



ABRÍA decir del señor Orrego Vicuña, por su juventud, que se inicia en el cultivo de las letras, y, sin embargo, ya nos ofrece,—y como un primer fruto de su labor, si no estamos equivocados,—un trabajo serio y de reflexión, un trabajo histórico. Su vocación lo ha llevado al señor Orrego a seguir la rica tradición historiográfica chilena.

La obra del señor Orrego revela una prolija investigación, amplia documentación, consulta de fuentes originales y estudio detenido de nuestros historiadores. No podemos afirmar si habrá agotado la materia, lo que, por otra parte, jamás se puede decir en asuntos históricos.

Ha sido escrita la obra dentro de un plan cronológico natural y sencillo, sabiendo su autor justipreciar los hombres y los hechos con la más laudable serenidad de juicio.

La figura del primer Padre de la Patria se presenta con relieves simpáticos en las páginas del señor Orrego. Se le ve siempre patriota, heroico, trabajador y de buen fondo. Una vez en el poder, O'Higgins trabajó diariamente desde las seis de la mañana hasta las once de la noche, sin más interrupción que las necesarias de las comidas y la de una pequeña siesta.

El señor Orrego dedica acertadas pinceladas al complejo carácter del ministro Rodríguez Aldea, y hace ver la malhadada influencia que ejerciera sobre el Director Supremo.

Aquella edad que llega hasta nosotros con entonaciones épicas fué azarosa, de constantes luchas y dificultades. A veces se lamenta el Director Supremo de que ha tenido que pedir quinientos pesos prestados para atender al sustento de su familia. Poco antes de que cayera del poder, hacía dos años que no se pagaban sus sueldos a las guarniciones de Concepción y Valdivia. ¡Pobre Chile, ayer como hoy, siempre con sus arcas exhaustas; con la diferencia de que entonces esto era más excusable!

Sabe hacer resaltar el señor Orrego el gran mérito que corresponde a O'Higgins en la realización de la expedición libertadora del Perú y la gloria que le cabe como defensor convencido de la forma republicana de gobierno, en esos tiempos en que las instituciones monárquicas gozaban aún de tanto prestigio en la opinión. Como se sabe, Bolívar y San Martín mismo querían poner testas coronadas a la cabeza de los nuevos estados hispano-americanos. Por haber defendido con fe y firmeza la forma republicana, O'Higgins merece ocupar, en el panteón de los héroes americanos, un lugar al lado del gran Wáshington.

El señor Orrego analiza detenidamente las dos constituciones políticas que se dictaron durante la Administración O'Higgins, la de 1818 y de 1822. Es un análisis hecho con espíritu tranquilo, amplio y bien informado. Muestra las concordancias de origen que ligan la de 1822 con la española de 1812.

No debemos terminar esta breve reseña sin recordar cómo ha sabido el señor Orrego enaltecer la personalidad de O'Higgins en otro de los momentos de su vida en que tanto lo merece. Nos referimos a su abdicación. Las tropas de la capital se manifiestan en actitud de sublevación. O'Higgins, solo, acude a los cuarteles y sofoca personalmente, con gesto de jefe que sabe mandar, toda tentativa de rebelión. Domina por completo la situación. Pero acude al Cabildo abierto a que se le invita, y abdica el poder ante los ciudadanos desarmados. El héroe de la Independencia Nacional puso ahí la piedra angular de la vigorosa tradición cívica, según la cual en Chile la fuerza debe inclinarse ante los fueros del derecho y de la libertad republicana.

El estilo del señor Orrego suele caer algunas veces en exuberancias retóricas, pero es, por lo general, sencillo, natural y animado.

E. M.

Luis D. Cruz Ocampo

Francisco Donoso.—Myrrha



A comparación, la alegría, o lo que se llama el símbolo reflexivo, según el lenguaje hegeliano, son los medios propios por los cuales se revela al mundo el espíritu poético. Se ha llegado a decir que los símbolos sirven para marcar sobre la tierra el paso invisible de las almas. Y acaso, como pensaba Mallarmé, todo el universo no sea sino un vasto conjunto de símbolos que los hombres van deletreando lentamente por medio de la ciencia, la religión y el arte. Por esto un libro como el del señor Francisco Donoso en el que el símbolo tiene un lugar preferente, aparecerá siempre lleno de atractivos y abundante en vastas perspectivas de ensueño.

Si entramos a analizar los diversos sentimientos que dominan o sobresalen en la obra de este poeta, encontraremos fácilmente que el sentido de lo inestable y pasajero de la vida y el deseo de soledad y de quietud tiñen con un particular colorido todas las más importantes composiciones de «Myrrha». Las asociaciones de ideas, las imágenes y hasta el tono general de la expresión aparecen orientadas o concebidas por estas ideas matrices. Así, por ejemplo, el sentido de lo inestable y pasajero de la existencia le da una marcada preferencia por comparaciones en las que entran como término comparativo, el mar, las nubes, la espuma, los barcos, el viento; y hasta la muerte se le presenta como un huracán o una tormenta que llegará algún día «para asolar su choza y aventar su recuerdo». De entre las numerosas alegorías en que hace encarnar esas ideas, queremos recordar la que aparece en la composición titulada «El mar». En cuatro versos nos da una imagen de la vida humana, cuyas fuerzas chocan contra lo imposible y rara vez logran llegar a un resultado feliz; y en esas raras veces, lo logrado parece efímero, pequeño, limitado y estrecho, como la rada angosta a que se refiere la estrofa:

«Ansiedad que se yergue con vértices y tumbos
y estalla en los cantiles soberbios de la costa,
o llega alguna tarde con milagrosos rumbos
al efímero ensueño de alguna rada angosta...»

Como una lógica consecuencia de las ideas anteriormente indicadas, la melancolía florece en el espíritu del poeta; y su sensibilidad muestra una evidente preferencia por los paisajes crepusculares y otoñales. No le atraen ni las luces violentas del medio día, ni los colores brillantes de la primavera ni la exhuberancia ardiente del verano. Ama en cambio, las tonalidades suaves y opacas, el color gris y el rosa, la luz pálida y vaga del amanecer y las brumas violeta que anuncian

la llegada de la noche. Estas predilecciones se traducen ya en composiciones especiales que se refieren a temas de esta especie y en otras sobre asuntos variados y en las que aparecen como incidentes. El mismo poeta, además, compara su pensamiento con la estrella de la tarde que vela solitaria, contemplando la mística placidez de las ondas. Pero desgraciadamente para el poeta esta deleitosa placidez espiritual no dura mucho; y la Musa Negra de belleza fatal y trágica le persigue y se cuela a través de los espesos muros de su torre para hacerle conocer la tristeza. En verdad nada alcanza el poeta con ocultarse en su torre porque los ruidos y los afanes que le hieren no están afuera, sino que son los rumores que hacen en su corazón todas las voces misteriosas del universo.

Ahora bien, ¿cómo logra el señor Donoso expresar estos sentimientos generales que acabamos de señalar en su obra? Para dar una respuesta satisfactoria a esta cuestión sería menester, en primer lugar, separar diversos trabajos en los que el poeta alcanza efectos de un considerable valor artístico. Entre ellos podrían citarse, «Dubia Lux», «Musa Negra», «Torre que ahora miras», «Primera lluvia» y «Ofertorio». Entre estas mismas, tal vez es «Dubia Lux» la mejor de todas, y, por ende, la mejor de toda la obra. La predilección por los crepúsculos a que ya nos hemos referido encuentra en esta composición su más acertada y amplia forma. El vigor de la alegría y la novedad imaginativa de «Dubia Lux» no alcanza a ser igualada, a nuestro entender, en ninguna de las páginas de «Myrrha». Pero en este caso más eficaz que todo elogio es la transcripción del soneto aludido:

«Desde el toldo de rosa y amatista
que la Tarde en su fuga abandonara,
fendió el Crepúsculo su bruma clara
hasta el vago confín de su conquista.
Y, ebrio de azul,—maravillado artista—
ante el imperio de belleza rara
que en su inmensa penumbra cautivara,
marchita en sueños, apagó su vista.
Mas mientras su alma en su ilusión recrea
llega la Noche, y cual la viuda hebrea
que venció al paladín de los asirios,
miró en la sombra su cabeza bruna
y al darle muerte con su hoz de luna
todo su manto salpicó de lirios.....»

Fuera de los trabajos indicados, las restantes composiciones de la obra poseen un valor muy desigual. En efecto, en ellas encontramos, junto a rasgos que revelan una imaginación viva, comparaciones gastadas, figuras demasiado conocidas, frases desteñidas, alumbradas apenas por adjetivos que han perdido toda su virtud a fuerza de aplicarse siempre a las mismas cosas. Y es verdaderamente raro que el señor Donoso que ha sabido traer a la circulación, con mucha oportunidad palabras anticuadas como «altamia» y «flagicio» no manifieste el mismo afán por

encontrar nuevos adjetivos; y se hace aún menos comprensible esta omisión si se tiene en cuenta que, indudablemente, la elección acertada de los adjetivos constituye una de las formas de la originalidad. Con todo esto no queremos decir, sin embargo, que la adjetivación que emplea el señor Donoso sea impropia; únicamente queremos referirnos a que no está cuidada en el sentido de dar nuevos matices a las sensaciones. Mas, no obstante estas circunstancias, los versos del señor Donoso se leen con agrado tanto por la pureza y elegancia de la expresión como por la riqueza y variedad de la rima.

Dispersas aquí y allá en todas estas composiciones, se encuentran rasgos que sirven para aquilatar el verdadero espíritu de artista que posee el autor. Como ejemplo queremos citar algunas metáforas o comparaciones que dejan entre las estrofas, a veces demasiado frías, la huella luminosa de una sensibilidad delicada. En «Primera Lluvia», al referirse a las gotas de agua que se deslizan por los vidrios de la ventana, dice: «miro llegar a mis ventanas vivaces culebritas de transparente cuarzo»; en «Epifanía de Amor», al describir un trigal dice: «velludo lago de los trigales»; en «Los Sonetos del Budi», describiendo un lago, dice: «resbalan por el lago las virutas de acero que laboran los vientos»; y finalmente, en «Transfiguración», al describir una charca cenagosa que interrumpe un camino, dice: «como una llaga negra en el sendero, etc., etc.». Todos estos aciertos hacen difícil explicarse por qué razón el poeta sucumbió a la tentación de escribir el soneto «Los Cisnes», en el que repite la vieja figura del signo de interrogación que forma el cuello del cisne y repite también, como es natural, lo del cisne de alas de seda y los amores de Leda. Sin embargo y tal vez en desagravio de este soneto, dice en el que le sigue, llamado «Sombras y Luces» que las luciérnagas semejan en las sombras vivas constelaciones de pétalos de estrella o ánimas de flores.

En las composiciones de asunto bíblico sobresalen por el vigor de la descripción «Sisara y Jahel» y «Resfa». De la primera puede recordarse especialmente el soneto final; y de «Resfa» el primer soneto.

En resumen, las composiciones de «Myrrha» tienen un valor uniforme en lo que se refiere a la pureza de su estilo, la elegancia de la dicción, la riqueza de la rima y todo lo que es la técnica del verso; pero su valor es muy desigual en cuanto a las imágenes, alegorías o símbolos que sirven para exteriorizar el sentimiento poético. De todos modos, lo que tiene de bueno la obra basta y sobra para hacer ver que el señor Donoso es un poeta que posee recursos para hacer una obra artística de valor dentro de nuestras letras nacionales.

E. M.

Pedro Prado.—Un Juez Rural

Santiago, de Chile.—Nascimento



A última obra de nuestro inspirado escritor no es propiamente una novela, como pudiera creerse por su título y los frecuentes diálogos que aparecen en sus páginas. Es una serie de episodios más o menos inconexos engarzados por el hilo común de figurar en todos el juez, Solaguren, que, por otra parte, en muchos de ellos no es ya un juez.

Hay descripciones magníficas, como las que se encuentran en los trozos, *El Suburbio*, *Un Viaje irreal*, *El Pueblo abandonado*. Acabada es la descripción del insomnio en el capítulo de *La Razón derivada*.

Las primeras dos terceras partes del libro cuentan las experiencias del magistrado en su función de administrar justicia, alternadas estas fatigas con excursiones domingueras hechas a los campos aledaños de Santiago en compañía de su amigo el pintor Mozarena.

Las reflexiones que hace el juez y sus sentencias son hondas y sabrosas; son la obra de un juez muy humano, juez filósofo, psicólogo y poeta.

En los últimos trozos Solaguren ha dejado de ser juez. El autor nos pinta escenas de su vida en Santiago y a orillas del mar, escenas envueltas en esa especie de poesía cómica, cuya creación es uno de los dones más notables de Prado.

El libro en conjunto es de la misma especie de esos deliciosos libros autobiográficos de Anatole France, aunque con algunas páginas más amargas que las que suelen encontrarse en obras de esta clase del escritor francés.

De las riquezas ideológicas y artísticas que contienen los detalles no se puede dar cuenta en esta noticia sin hacer una cantidad de citas que deben ser dejadas al hallazgo del lector.

E. M.

A. V. C.

Augusto Orrego Luco.—Notas de viaje

Santiago de Chile; 1924



HACE algunos años, leyendo esos paseos arqueológicos de Gastón Boissier, doctos y sugestivos, al llegar, en el Palatino, a esa pequeña *casa de Livia*, escondida entre los palacios de los emperadores, donde el sabio francés nos trae súbitamente la imagen de Marco Aurelio, que esconde en aquel refugio la amarga serenidad con que la vida y el pensamiento trabajaron su espíritu nobilísimo: entonces hemos creído comprender cómo es intensa, natural y sin asomo de artificio la impresión de un hombre cargado de lecturas,—para quien las sombras del pasado tienen viviente realidad objetiva,—ante las ruinas materiales que nuestro recuerdo une al de los hombres desaparecidos, porque el tiempo los conduce más lentamente hacia la muerte.

Van algunos viajeros buscando el atractivo novedoso de las grandes multitudes, de las construcciones prodigiosas, de las enormes cifras con que en la vida contemporánea los pueblos rivalizan. Diferencias de extensión, de cantidad, los seducen. Otros van tras la calidad histórica, buscando el detalle único, irremplazable, que los años han cercado de su virtud invisible, que la historia, un día, marcó para siempre con un privilegio particular.

Las Notas de Viaje del doctor Orrego Luco son las impresiones de uno de estos últimos viajeros. La Rochela, la ciudad de los hugonotes y de la «bonne chère», tiene para él, «desde el primer momento, todo el interés de algo antiguo y de algo extraño; tiene un sello evidente de vejez, de ciudad de otro tiempo, sobre la cual ha caído el polvo de muchos siglos... Es una población que tiene visiblemente escrita su historia en su fisonomía; y esa historia flota en el recuerdo de nuestras primeras lecturas».

Se ve, así, cuál es el carácter de estas notas, que guardan la impresión directa, reciente, de los lugares y monumentos visitados; redactadas, parece, en el sitio mismo de que nos dan imagen tan completa y tan rica. Las páginas sobre el Convento de los carmelitas traen esta data: París, 1921; y la dedicatoria de la nota sobre La Rochela: La Pallice, Diciembre de 1921.

La cultura del doctor Orrego, dirigida esencialmente hacia el espíritu francés, nos da en este libro esas páginas en que los recuerdos de las lecturas anteriores van surgiendo con esa espontaneidad cultivada que no se logra sino como fruto de una larga y permanente educación literaria. Nada hay aquí de artificioso o forzado; no se ha querido hacer de estas impresiones pretexto para ir insertando, así como sobrepuestas, anécdotas o digresiones de hombre de li-

bros. Los recuerdos, las reflexiones, la impresión del paisaje, el hilo caprichoso de una vida que repentinamente toma contacto con los lugares por donde se nos lleva, todo va surgiendo naturalmente del recuerdo estremecido y cobra el valor de la impresión personal que da a la trama de la gran historia el calor de la vida individual, del episodio humano.

Rousseau, Balzac, Hugo, he aquí la época en que el doctor Orrego Luco parece buscar sus hombres predilectos. En torno de ellos, vienen a agruparse multitud de nombres, de episodios picarescos, dolorosos. Reviven también esas admirables figuras de la Revolución, hijas del siglo XVIII, en quienes el trágico advenimiento nos muestra ya los primeros asomos del espíritu romántico.

Antes de llegar a la casa en que Balzac, muchacho, se instalaba definitivamente en París, gracias a la protección de Mme. de Berny, se nos lleva al palacio en que murió Racine, y que, en el siglo XVIII, albergó a Mlle. Clairon, la de la vida casquivana y la voz armoniosa, que los Goncourt nos han revelado en un libro singular.

Síguese después esa serie de percances y caídas que estuvieron como incorporados en la vida de aquel formidable espíritu, que, como los genios arrasados por la ola caldeada de su propio ensueño, vivía siempre fuera de sí mismo.

En la residencia de Passy, la «Casa de Balzac», va anotando el doctor Orrego algunos detalles ligados a la vida del gran novelista: «Levantando unas tablas del piso, se descubría una escalera de servicio, que era también una escalera de escape, por donde Balzac podía huir de sus acreedores sin ser visto. Utilizaba con frecuencia esa escalera el pobre desgraciado, nos dijo el portero, con una magnífica compasión de circunstancias...»

Vemos esa multitud de objetos, piadosamente conservados después de la muerte de Balzac, que llevan a la evocación de sus amigos, de Mme. de Berny, de la condesa de Hanska; de sus interminables y magníficos proyectos, siempre fallidos y siempre renovados.

Luego, la explanada del jardín, desde donde, en tiempos de Balzac, «se veía en las tardes de verano un paisaje ancho, abierto y luminoso: allá abajo el Sena y allá lejos París...» Aquí se reunieron muchas veces Hugo, Lamartine, Gautier, Emilio de Girardin, Heine, Musset, Jorge Sand. Por los senderos del jardín de Balzac, «han resonado las notas sonoras de la risa alegre de Delfina Gay. Era una mujer espiritual y hermosa, que profesaba el culto de la belleza y la elegancia».

En fin, son todas las sugerencias que en un espíritu culto, inteligente, cordial, despierta la visión de la casa, de los objetos materiales a que ha quedado incorporado algo de la vida de un grande hombre.

Lo que se llama la «casa de Víctor Hugo» es la residencia suya en la *Place des Voges*, después de su lamentable episodio conyugal en que fué autor y comediante el suave, erudito y malévolo Sainte-Beuve, «fourbe tortueux», decía su víctima.

El modo de ser de los hombres va formándose a estímulos del «clima y de

la tierra, del espectáculo que impresiona nuestra vista y de la naturaleza en cuyo seno se desarrolla nuestra vida». Pero nuestro autor sabe que ya no es posible buscar las determinantes del fenómeno complejísimo del carácter, y especialmente del carácter literario o filosófico, en las solas condiciones del mundo externo; «por otra parte, dice, también es indudable que, dentro de ese medio, buscamos siempre las condiciones que están más en armonía con nuestra situación moral».

El príncipe de los románticos llegó a esta retirada y apacible Place des Voges, antigua Plaza Real, cuando era monárquico y conservador, amigo del buen rey Luis Felipe de Francia. Esa antigua plaza de *Les Tournelles* estaba llena de recuerdos de los tiempos caballerescos, galantes y violentos. En su recinto, la lanza del señor de Montgomery, guiada por la mano del destino, puso trágico término a la alegre vida de Enrique II. Vivieron allí Marión Delorme, Ninón de Lenclos y Mme. du Chatelet, «la sabia, misteriosa y picaresca amiga de Voltaire».

El palacio de Richelieu estaba, asimismo, en la Place des Voges, junto al palacio del Rey de Francia. El recuerdo del cardenal nos permite leer en estas páginas del doctor Orrego, por natural, aunque escondida, asociación, la gestación de *Le Cid* de Corneille, en violenta oposición con la política del ministro, e inspirado quien sabe por qué ocultos impulsos sentimentales del joven trágico. Siempre, en los momentos en que renueva su literatura, Francia ha dirigido sus miradas hacia España. Corneille, Le Sage, Hugo, Gautier, Barrés... Hoy, es una verdadera pasión la que despierta en los escritores franceses el estudio del elegante, agudo y sinuoso Gracián.

Entre una serie de incidencias y datos curiosos,—aunque no es tan sólo dato ni incidencia la vida de Julie Drouet,

Blanche avec des yeux noirs, jeune, grande, éclatante,
Tout en elle était feu qui brille, ardeur qui rit,

que por cincuenta años ocupa el corazón del rey Hugo, sabemos, por estas Notas, de un libro rarísimo que contiene los grabados hechos por Chenay de los dibujos y bocetos del poeta, «de una fantasía extravagante y que a veces tienen una vaguedad soñadora y deliciosa». Son dibujos que Hugo delineaba sin intención de publicidad, a veces de sobremesa, extendiendo con los dedos la ceniza del cigarro... Acaso por esto mismo pueden revelarnos el interior de aquel espíritu algo mejor que las rimas sonoras y las violentas imágenes de la Leyenda de los Siglos.

Después, una descripción del museo Víctor Hugo, inaugurado en 1902 en esta misma casa de la Place des Voges. Encontramos allí una curiosa colección de tinteros obsequiados por los escritores de la época,—clásicos hoy de la literatura francesa,—para un bazar de caridad, y arreglados por el propio Hugo en una mesa que él mismo fabricó. En los detalles de esta colección, la mirada avezada del doctor Orrego va descubriendo señales características de cada uno de los ilustres donantes. El tintero de Lamartine «es una joya elegante, de un arte

veneciano, fino y sutil, al mismo tiempo fuerte y delicado»; fué acompañado de la siguiente dedicatoria: Offert par Lamartine au maître de plume, «que tiene la graciosa y noble sencillez de un gentilhomme».

La excursión a *Les Charmettes*, en las vecindades de Chambéry, corazón de la Saboya, es también ocasión de interesantísimas divagaciones. Aquí vivió unos cortos años, los únicos felices de su vida torturada y deshecha, uno de los escritores de más grande influencia en el espíritu francés moderno: Juan Jacobo Rousseau. Aquí halló breve sosiego a su profunda inquietud, amparado en la ternura de la noble y bella Luisa Leonor de Warrens, cuyo nombre vivirá eternamente, con las páginas de *Las Confesiones*, en las almas generosas y apasionadas.

En los dos capítulos «El convento de los carmelitas» y «La Conserjería», es toda la historia de Francia, desde San Luis, la que ha dejado en las piedras venerables esas huellas que el doctor Orrego va descubriendo y comentando con notable versación, con amoroso deleite. Pero son los días de la Revolución, que dejaron oír en estas cárceles improvisadas sus gritos más trágicos, sus más nobles y viriles actitudes, los que seducen particularmente su atención. Sobre esas murallas escribió Vergniaud, con su propia sangre: «Potius mori quam fœdari...».

En el antiguo monasterio, en otra inscripción de esta época triste, puede leerse: «Liberté, quand cesseras-tu d'être un vain mot? Il y a trois mois que nous sommes ici enfermés. On nous dit que nous sortirons demain. Est-ce que ce sera un vain espoir?»; y tres nombres al pie de la inscripción: Veuve Beauharnais, Citoyenne Tallien, Citoyenne Daignillon. De estas tres mujeres, que el pueblo de París había encerrado por sospechosas para la felicidad de la patria, la ciudadana Tallien tuvo muy pronto participación determinante en los sucesos del 9 Thermidor, en la muerte de Robespierre; algunos años después, la viuda de Beauharnais era proclamada Emperatriz de los franceses, aclamada por el pueblo de París...

El recuerdo de André Chénier surge repentinamente con el destello de la razón armoniosa, en ese caos espantable de errores, próximo al poeta a dejar esta vida amarga y absurda:

Vivre est-il donc si doux? De quel prix est la vie,
Quand, sous son joug honteux, la pensée asservie,
Tremblante au fond du cœur, se cache à tous les yeux?

He aquí una indicación, harto débil y apagada, por cierto, de lo que estas *Notas de Viaje* encierran en sus 296 páginas. La frase del doctor Orrego tiene esa elegancia fácil y natural que sólo se cobra en el elevado y continuo ejercicio del lenguaje. No falta el ritmo profundo y grave ni la frase en que vibra, escondida, la flecha aguda de la emoción.

Es lástima que este libro, que con todo derecho debe ser ubicado entre los frutos de la literatura superior, no haya sido impreso con el cuidado de tipografía de que era acreedor. Son múltiples los errores tipográficos que afean su presentación. Lástima es también que el mismo autor, llevado acaso de sus propósi-

tos de sencillez, de facilidad; por huir, talvez, de todo falso atildamiento, haya dejado escurrirse algunas de esas expresiones que no es grato encontrar en los escritos de los académicos. No hubiéramos querido hallar en las Notas de Viaje del doctor Orrego Luco, frases como éstas:... en donde pudiera pasar sin ser *apercibido* (pág. 31);... Ahí *vivió* Luis XI, Francisco I (pág. 68);... Todo eso es de madera de encina encerada, *conservando* su color (pág. 154)... Esas relaciones *tenían* necesariamente que irse enfriando a medida que la revolución y la Iglesia se *divorcian* (pág. 166);... Ese fué *el origen* de la Conserjería en sus comienzos (pág. 216).

Pero todo esto es, ciertamente, demasiado pequeño para que fuera salvado fácilmente por el positivo valor artístico de la obra.

No es que queramos derivar una enseñanza de una obra de arte, como es ésta; es que no queremos callar una reflexión que naturalmente se nos insinúa: Esto que podríamos llamar la elevada educación literaria del doctor Orrego; ese sabio afán de buscar la interpretación y el valor de los sucesos y las cosas en la significación individual y humana que encierran; el hombre como principio y fin de los acontecimientos de la tierra, de los vulgares y colectivos, de los personales y nobles,—único asidero seguro para los que han ido perdiendo la fe en el destino ideal de la vida,—es un punto en que debiera detenerse la meditación de todos aquéllos que alguna parte toman en la rebusca de los fines conscientes de la educación. ¡Cuántos espectáculos dolorosos, de ceguera, de incertidumbre, de falso criterio, no habrían llegado a producirse si no hubiéramos perdido en nuestros estudios el rumbo del humanismo integral, selecto y puro! Infinitos errores derivan exclusivamente de esta pérdida de contacto con la realidad humana.

A. V. C.

Luis D. Cruz Ocampo

Carlos Préndez Saldías.—Amaneció Nevando



SIEMPRE fué difícil escribir con claridad; pero hoy no solo es difícil sino que es casi heroico. Efectivamente, quien se atreva ahora a escribir poesías en un lenguaje natural, en que las palabras sirvan para el viejo oficio de comunicar ideas o describir sensaciones, se expone al desprecio de las nuevas generaciones que, con una inconsciencia digna de mejor causa, están empeñadas en escribir libros de lectura para los hombres del año tres mil. Solo por una rebeldía propia de un espíritu obstinado, puede darse el caso de que alguien se decida a escribir un libro lleno de claridad y sencillez cuando pudo, sin esfuerzo, escribir una obra ininteligible, y por lo tanto indiscutiblemente genial.

Carlos Préndez Saldías, al escribir «Amaneció Nevando» se ha cerrado voluntariamente el camino que le habría llevado a ser genio dentro de once siglos. Ha preferido ser un poeta para los hombres de hoy, hablándoles un idioma que ellos pueden entender. Acaso sea preciso agradecersele, pues la humanidad actual no tendrá dentro de poco quien cante sus angustias y sus alegrías, sus amores y sus odios. En verdad, casi todos los poetas cantan hoy para ser entendidos por generaciones que todavía flotan en estado gaseoso en el espacio. De aquí que el lenguaje que ellos usan nos parezca con frecuencia absurdo y siempre extraño. Pero es seguro que será perfectamente claro para aquellos hombres lejanos a quienes va dirigido. No cabe pensar que los poetas se equivoquen en este punto, y que al final resulte que también sus versos sean ininteligibles dentro de una docena de siglos. Por medio de la intuición conocen ellos perfectamente todos los idiomas que se van a usar en esa época. No pensemos tampoco, por ahora, en el desagrado que van a tener aquellos hombres cuando se impongan de que lo que ellos están sintiendo en esos momentos había sido ya revelado y previsto escrupulosamente por cualquier estudiante del tercer año de Humanidades de nuestro tiempo. Pero, vuelvo otra vez al poeta que con inquebrantable resolución continúa narrándonos en un lenguaje sencillo las secretas angustias de su espíritu.

Quien haya conocido la obra anterior de Carlos Préndez Saldías no podrá menos que experimentar una grata sorpresa con la lectura de «Amaneció Nevando». Desde su último libro publicado hace dos años, ha hecho el poeta un camino considerable en lo que se refiere a la precisión y vigor de las imágenes que le sirven para revelar los hallazgos de su sensibilidad. Tal progreso se ha realizado sin cambiar nada del aspecto exterior o formal de sus versos. Su lenguaje es el mismo de antes; su tono es también idéntico, acaso solo con una tristeza un poco más reposada; pero el hombre que ahora nos habla tiene el

espíritu enriquecido con vastas experiencias sentimentales. Debo confesar que al iniciar la lectura de esta obra tenía el temor de encontrarme con poemas descoloridos, de imágenes débiles y con versos de aquellos a los cuales no se les puede, en realidad, decir nada, pero que tampoco ellos dicen cosa alguna al lector. Sin embargo, desde la composición que inicia la obra se siente bajo la placidez trasparente del verso la corriente sutil de una emoción vivificadora. Esa breve composición titulada «Amaneció Nevando», que da su nombre al libro, presenta una feliz asociación entre el amanecer nevado y el estado espiritual del poeta. El autor describe con acierto el aspecto de esa mañana. El valle—dice—tiene la sombra de un atardecer con lluvia». Estos dos versos bastan para dar al paisaje su colorido completo y definitivo. Luego el poeta le identifica con ciertos momentos de angustia en que el espíritu, lentamente, se va hundiendo cada vez más en doloroso sopor, como el paisaje que va perdiendo sus contornos precisos bajo la silenciosa nevazón.

Una temporada en un rincón solitario, al pie de altas montañas nevadas, ha dado un nuevo temple al espíritu del poeta; y vuelve a la ciudad «con los ojos asombrados de la prodigiosa visión de los horizontes nevados como si hubiera visto a Dios». Allá, lejos, quedaron todos los afanes que hicieron de él un prisionero en la ciudad, donde el espíritu humano se ahoga en el humo de todas las vanidades. De aquello—dice—«apenas si le queda un amor». Pero es un amor cuyas resonancias llenan la obra entera del poeta. Efectivamente, si a veces interesan a Préndez Saldías otros asuntos es para referirlos a esta pasión. Y, sin embargo, estas estrofas en las que directa o indirectamente solo se oye el ritmo monocorde del amor están lejos de producir en el ánimo una impresión de fatiga. Y es más de admirar esta circunstancia, si se tiene en cuenta que el amor tiene también en Préndez Saldías un tono único de suave, benévola y serena melancolía. Su amor al reflejarse en las cosas le devuelve siempre la misma luz pálida y un poco romántica.

La evolución o desarrollo de la sensibilidad de Préndez Saldías no se manifiesta solamente en la forma más intensa que trata su tema preferido, sino que se revela también en la aparición de nuevos motivos sentimentales en sus poesías. Puede decirse que en su obra anterior el paisaje, por ejemplo, no existe porque tiene apenas una importancia secundaria y decorativa. Ahora presenta tres composiciones, «Siesta» y «Los Sonetos del Campo», que pueden considerarse como otros tantos aciertos de descripción. El estilo sobrio y desnudo de todo adorno parece convenir expresamente a la descripción de ese paisaje reverberante que se pinta en uno de «Los Sonetos del Campo».

«¡Una brasa la campiña!
Quema tanto su verdor
como una boca de niña
que no ha mordido el amor
Las hileras de la viña,
en su andar de caracol,

van a que el río las ciña
 y les quite algo de sol.
 El viejo rancho pajizo,
 casi ardiendo, ve el hechizo
 del agua pasar veloz.
 Y hasta un caminito blanco
 baja corriendo al barranco
 para esconderse del sol.

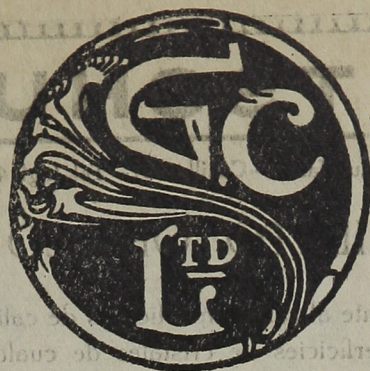
Del mismo modo, trata también algunos asuntos de naturaleza más general. «La Canción del río» encierra, acaso un bello símbolo. Nace el agua, clara y limpia, en la altura, y baja cantando haciendo vibrar con su alegría los árboles ríscos; luego entra en el valle donde viven los hombres; y el agua alegre pierde su cantar, «como si del agua se fuera el amor»; y, en vez de cantar, sigue el agua, sollozando, su camino hacia el mar. En otras ocasiones la proyección sentimental del poeta hacia los objetos exteriores tiene una fuerza singular. Entonces la naturaleza entera parece participar del mismo estado espiritual. Así, por ejemplo, en «Mi voz en la Noche» el poeta se muestra libre de todos los afanes que le han torturado; su espíritu se ha aligerado de todos los fardos que le impuso el dolor. En este estado anímico, la naturaleza se hace también liviana para el poeta y puede decir:

«Y la montaña me parece
 que en esta noche toda oscura
 en un vuelo se desvanece...»

Pero puede apreciarse todavía de una manera más clara y directa todo el camino que ha hecho Carlos Préndez Saldías desde su obra «El Alma en los Cristales» hasta «Amaneció Nevando». Basta para ello comparar «Niña de cara morena» de esta última con «Balada Montañesa» de la primera. La semejanza o paralelismo en los asuntos de ambos trabajos poéticos favorece el estudio comparativo de las formas de expresión usadas en uno y otro caso, y que revelan diferentes grados de sensibilidad o, por lo menos, diferentes grados de dominio sobre los medios destinados a traducir las sensaciones. Igualmente pueden ser comparadas, con mucha utilidad las composiciones «Por todos los caminos» de «El Alma en los Cristales» con «En la Montaña» de «Amaneció Nevando»; y por fin los dos trabajos que con el título de «In Memoriam» aparecen en cada una de las obras referidas.

Los resultados de estas comparaciones no hacen sino confirmar la impresión general que deja la lectura de «Amaneció Nevando» y que hace considerarla como un evidente progreso en la labor artística del autor.

LUIS D. CRUZ OCAMPO.



EN NUESTRA SECCION LIBRERIA

(2.º Piso)

EL ARTE EN ESPAÑA, publicado bajo el patronato de la Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística; 19 volúmenes, cada uno con cuarenta y ocho ilustraciones fuera de texto, el tomo..... \$ 3.90

BARRENECHEA, Historia Estética de la música.... 19.70

FERRERO, Grandeza y decadencia de Roma, 6 tomos, c/u..... 8.85

MAJORONA, Arte de hablar en público..... 16.85

COUSINET etc., La nueva educación..... 4.50

COMPAYRÉ, La educación intelectual y moral..... 7.80

ZARATE, Manual de Literatura..... 10.90

Dr. SPITZY, La educación física del niño..... 32.30

OTTO LIPMANN, Psicología para maestros..... 10.50

JACK LONDON, sus obras (2 tomos) c/u..... 6.10

GABRIEL Y GALAN, Obras completas (Poesías) 2 tomos..... 19.05

ANTONIO ESPINA, Signario (versos)..... 7.30

JOSÉ BERGAMIN, el Cohete y la Estrella (con una caricatura lírica de J. B. por Ramón Jiménez). 7.30

ALFONSO REYES, Visión de Anáhuac..... 7.30

GUTH & GAVES, LTD.

G. TSCHUMI

SANTIAGO—Estado esq. Huérfanos—Casilla 461—Tel. Ingl. 487—Direc. tel.: TSCHUMI

ESTABLECIMIENTO ÓPTICO MODERNO

Todo lo concerniente al ramo en artículos de calidad. Instalaciones para trabajar superficies de cristales de cualquier combinación.

Atención esmerada, despacho exacto y rápido

Agencia exclusiva para Chile de **ERNST LEITZ, WETZLAR**
Microscópios y accesorios Micrótomos, Aparatos de proyección,
Microproyección y Microfotografía. Gemelos prismáticos. ==

Catálogos ilustrativos a disposición

Gran surtido de artículos para Laboratorios en general. Instrumentos de precisión para Ingenieros, Arquitectos y Dibujantes.

TALLER DE COMPOSTURAS

Sección especial para encargos de toda clase de aparatos científicos para la instrucción superior. Precios módicos.

LIBROS NUEVOS Y DE ACTUALIDAD

PÉDRO PRADO.— <i>Un Juez Rural</i> , su mejor y más ameno libro...	\$ 6.—
CHIANG LEE.— <i>El Mah-Jong</i> , tratado completo, teórico y práctico de este juego de moda. Tiene también un estudio de adaptación del naípe inglés. Precio.....	4.—
FÉLIX STAHL.— <i>Psiquismo Práctico</i> , la obra más completa y clara sobre psiquismo.....	3.—
CONDESA PACI.— <i>A las mujeres chilenas</i> . Conferencia. Prólogo de don Enrique Molina.....	1.—
DR. ORREGO LUCO.— <i>Notas de viaje</i> . Las más interesantes descripciones de un viaje por Europa, tratado por el gran escritor y observador.....	6.—
SALAS MARCHÁN.— <i>Tendencias actuales de la Educación Norteamericana</i>	12.50
EDUARDO ROD.— <i>La vida privada de Miguel Tessier</i>	6.50
JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.— <i>El sermón de la paz</i>	10.—
JUAN PAPINI.— <i>Historia de Cristo</i>	10.—
JUAN PAPINI.— <i>Hombre fracasado</i>	6.—
ODILÓN MARTÍN.— <i>Formulario magistral de Terapéutica Clínica y de Farmacología</i> . (Nueva edición).....	30.—
<i>Ley de Empleados Particulares</i> . Precio \$ 0.60 o a \$ 40 el ciento	
<i>Album de la Galería de Pintores del Museo del Prado</i>	115.—
<i>Album del Museo Florencia</i>	115.—
TRILUSSA.— <i>Poesías</i>	4.50

LIBRERÍA NASCIMENTO.—AHUMADA 125.—CASILLA 2298.